

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
AGOSTO-SEPTIEMBRE
2023



POR ESCRITO

AÑO VII
No. 45

No. 45



BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

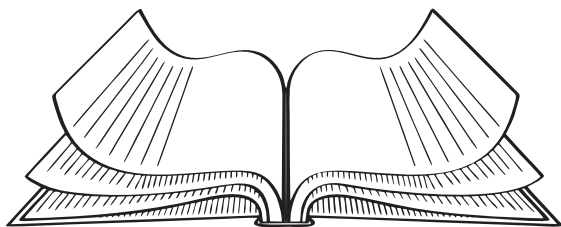
Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Primer piso.

RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 45

www.porescrito.org





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>El miedo duele de noche</i> María Esther López Aguado	7
<i>Crepitar</i> Beatriz Sandoval	8
<i>Murientes</i> Beatriz Sandoval	9
<i>Trazamos el mapa de una ciudad secreta</i> Mateo Mansilla-Moya.....	10
<i>Sigilosa</i> María Esther López Aguado	12

FIRMAS

<i>Ánimas</i> Andrea Fischer	14
<i>El dedo en la llaga</i> Fernando Corona.....	16
<i>Miro al mar</i> Cecilia Durán Mena.....	17
<i>Romance de Hécate en Ecatepec</i> Óscar de Pablo Hammeken.....	20
<i>Arquitectura y magia: Consideraciones sobre la idea de El Escorial</i> Fernando Montoya.....	22

IMAGINARIO

<i>Sin título</i> Santiago López Peralta	30
<i>Andando en mí</i> Vik Ollpez	30
<i>Sin título</i> Arturo Chagoyán.....	31
<i>Lobo</i> Irina Ovikova	31

<i>Quién fue</i>	
Ignacio Navarro	32
<i>Gato</i>	
Fernando Montoya	33
<i>Quién fue</i>	
Ignacio Navarro	33

VOCES

<i>Noche de dominó con amigos</i>	
Jerónimo Boullosa	34
<i>El llanto de Anila</i>	
Laura Linares	49
<i>M.86</i>	
Salvador Galván.....	50
<i>Entre sueños te veo</i>	
Jorge G. Karam.....	54
<i>¿A la misma hora la próxima semana?</i>	
Sebastián Varo Valdez.....	57
<i>El discurso</i>	
Sofía Fernández	60



Hablando por escrito

Quienes llevamos años promoviendo la lectura y defendiendo la actividad literaria lo hacemos por un impulso de libertad y respeto, porque buscamos que cada persona pueda forjarse una opinión propia. Es curioso que en pleno siglo XXI, en tiempos en los que vivimos en la era del progreso vertiginoso y la información esté al alcance de una tecla, optemos por prácticas que en el pasado nos han hecho tanto daño como Humanidad. De pronto, parece que mientras dormíamos, las manecillas del reloj se echaron para atrás y nos despertamos en plena Edad Media cuando se perseguía a los herejes por el simple hecho de pensar distinto, o que estamos en 1542, cuando el papa Paulo III creó la Santa Inquisición. Me refiero a esta manía que se está dando en el mundo, a este debate social que abraza una extraña forma de corrección y violenta la libertad. Es terrible que en la era de la comunicación nos dé por prohibir ciertas lecturas y por expulsar ciertos libros ya no sólo de los programas escolares sino del catálogo de ciertas editoriales. Ahora resulta que hay temas que son impronunciados o inabordables y que es mejor exterminarlos que darle oportunidad al lector de formarse su propio criterio. Eso es censura al más puro y antiguo modo. El que censura acorta las miras y achica sus perspectivas.

La censura es una intervención en el contenido o en la forma de una obra, atendiendo a razones ideológicas, morales o políticas. En un sentido amplio y moderno, se trata de la supresión de material de comunicación que puede ser considerado ofensivo, dañino, inconveniente o innecesario para un grupo de personas. Llama la atención cómo libros que formaron parte de la infancia de muchas personas y autores que escribieron obras fundamentales en la formación de muchos estudiantes o del entretenimiento de tanta gente, hoy estén prohibidos. Plumas imprescindibles se lanzan a la hoguera, se les quema en leña verde en forma metafórica, no les permiten llegar a su destino que es el mejor lector posible. La crispación ha fijado un escenario en el que nos ponen a elegir entre los odios y las inquisiciones cuando debiéramos heredar ese México que imaginaron Sor Juana, Rulfo, Elena Garro, Octavio Paz, Rosario Castellanos o Carlos Fuentes.

Para quienes escribimos y hemos hecho del impulso a la lectura una vocación, la censura es un sinsentido. Los que amamos leer y que aprovechamos cualquier pretexto para perdernos entre las páginas de un libro, la prohibición de que alguien pase los ojos por las palabras de un escritor es, sencillamente, una aberración. Se pone la piel de gallina al contemplar cómo se cambian los hechos por una realidad fragmentada, al gusto de ciertos grupos que imponen sus visiones particulares. No podemos hacer de la ira común, del encono y la rabia los valores reinantes; eso sólo les sirve a los fanáticos y no a la gente que quiera contar con altura de miras.

Por fortuna, no estoy sola en esta forma de pensar. El expresidente de los Estados Unidos, Barak Obama —que es un gran lector— publicó en

Twitter una carta abierta para que se tome una postura en contra de la censura de ciertos libros. “La primera enmienda de la Constitución de los Estados Unidos sustenta que la libertad empieza con la capacidad de compartir y acceder a ideas —incluso aquellas con las que no estamos de acuerdo—”, sostiene Barak Obama. Autores tan fundamentales como Mark Twain están en la lista de escritores censurados. Es una exageración prohibir la lectura de *Huckleberry Finn* por encontrarla ofensiva. El expresidente de los Estados Unidos hace notar en su carta cómo los libros prohibidos tienen personajes de raza negra, indígenas, miembros de la comunidad LGBTQ+. Las obras censuradas tratan temas de raza, convicción o género.

Por supuesto, es preciso ser cautos: es cierto que muchos textos abordan tramas con poca delicadeza, autores que eligieron palabras que hoy pueden resultar ofensivas o se refieren a prácticas que hoy son totalmente reprobables. Pienso en Pablo Neruda y el poema en el que describe la violación que perpetró en contra de una trabajadora doméstica cuando estaba cumpliendo una misión diplomática en África. Evidentemente, nadie podría celebrar el hecho, ni siquiera tratándose de un poeta de la talla del chileno. Pero, prohibirlo, negarle la posibilidad al lector de conocerlo, es impedir que el propio lector forme criterio y en libertad tome la decisión que le resulte pertinente.

La censura es un intento malogrado. Cualquier iniciativa que atente contra la libertad, nos lleva a ser esclavos. Cuando alguien intenta someter mis derechos al albedrío ajeno, está transgrediendo mi ámbito más sagrado. Nadie entiende mejor que nosotros, desde el fondo de nuestro corazón, aquello que en conciencia está bien o está mal. Así lo sustentó Aristóteles desde los tiempos de la Antigua Grecia. Es nuestro derecho contar con la más amplia variedad de puntos de vista, exponernos a todo tipo de ideas para que, a partir del ejercicio de nuestra inteligencia, podamos decidir aquello con lo que estamos de acuerdo o no.

El criterio se forja, así, enfrentándonos a todo tipo de argumentos e información. El razonamiento se pone a prueba cuando nos enteramos de puntos de vista divergentes y somos capaces de adherirnos o no a ciertas formas de pensar. Es nuestro derecho y no debemos rendírselo a nadie más. Hacerlo sería someter nuestra libertad a criterios ajenos.

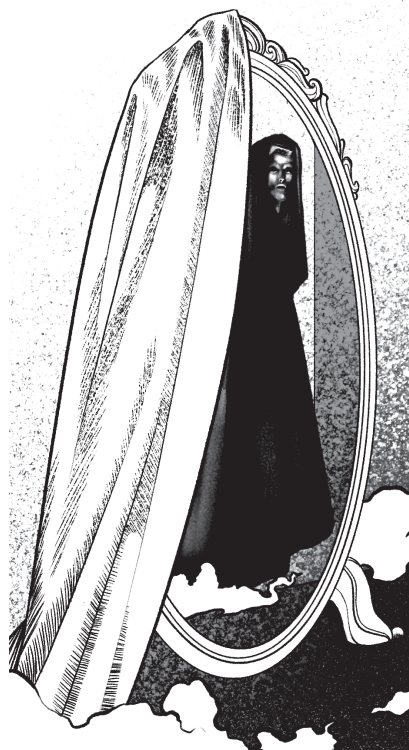
La censura es una práctica arcaica y peligrosa que pone en peligro el intercambio de ideas y siempre, siempre va en contra de una vida democrática, debilita a la sociedad, porque nos quita la forma de aprender. Una sociedad que no lee, que no se instruye, es una comunidad debilitada y nuestro derecho es leer todo lo que en ejercicio de nuestra libertad queramos. Y, a partir de ello, con nuestros propios medios, decidir.

En *Pretextos Literarios Por Escrito* echamos a volar la fantasía, abrimos paso a la imaginación moderna para enfrentar las supersticiones, los fanatismos. Así se dignifica a la persona, y con esa intención, con ustedes el número 45.

El miedo duele de noche

María Esther López Aguado

El miedo duele de noche
tiene frío
sale entre las sombras
y huele a fantasma
se forma en las nubes
grita relámpagos y tormentas
llora en los ruidos
tiene pesadillas
cruje en las paredes
se confunde en las ramas
se sube a los árboles
rechina en las puertas
apaga la luz;
es gris en el silencio
se filtra por alcantarillas
huele a sótano y a humedad
y se queda en la mente
acechando cada imagen
¡grita!, ¡grita!
se angustia
y se mira en el espejo ahogado
del ser.



Carolina Gómez Cea

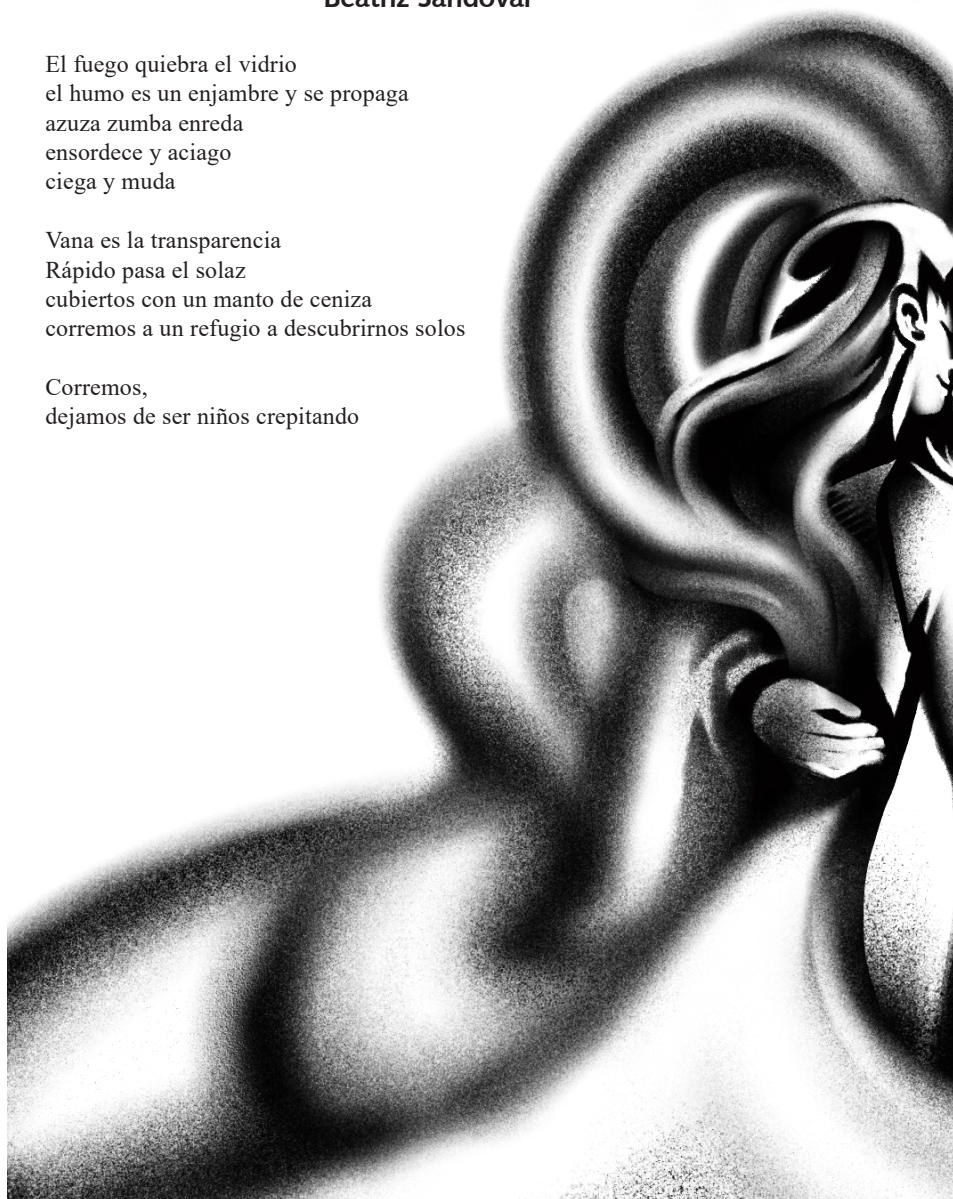
Crepitar

Beatriz Sandoval

El fuego quiebra el vidrio
el humo es un enjambre y se propaga
azuza zumba enreda
ensordece y aciago
ciega y muda

Vana es la transparencia
Rápido pasa el solaz
cubiertos con un manto de ceniza
corremos a un refugio a descubrirnos solos

Corremos,
dejamos de ser niños crepitando



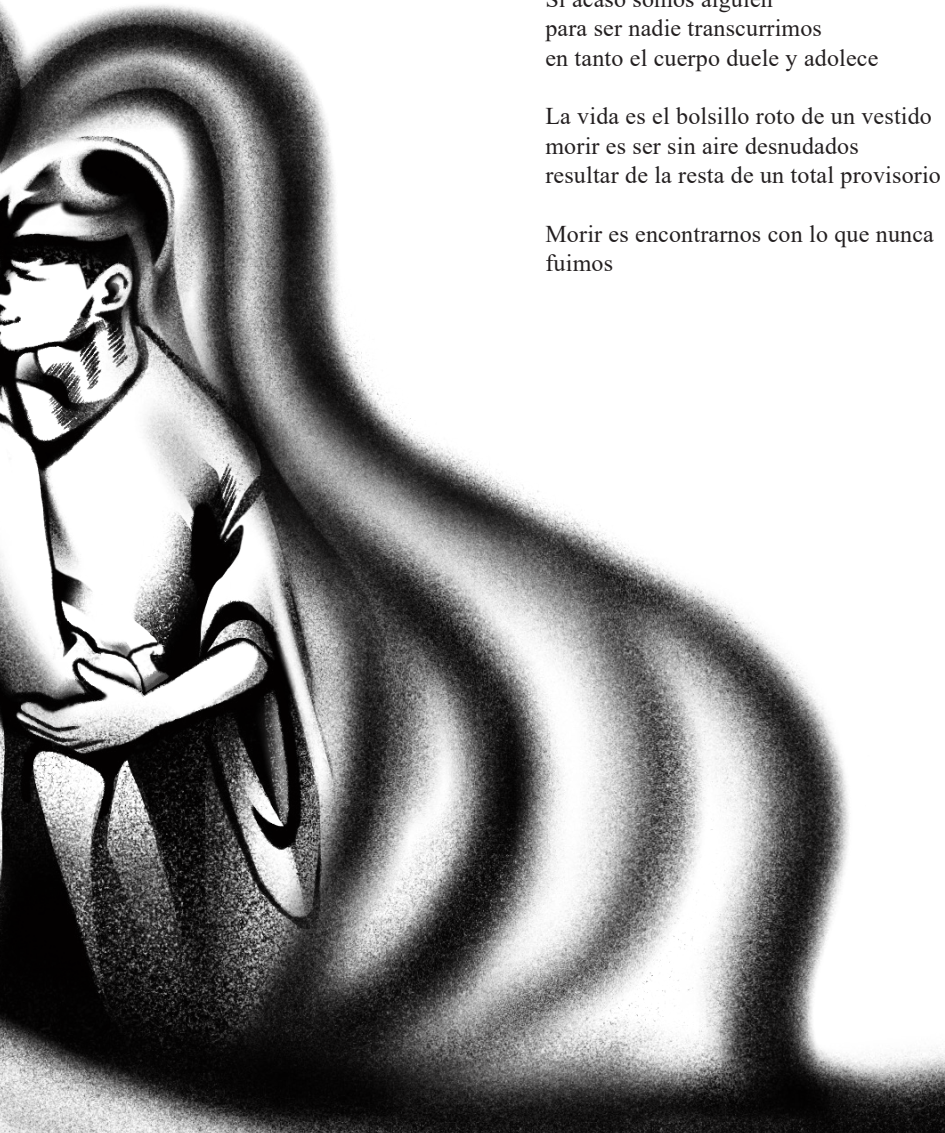
Murientes

Beatriz Sandoval

Si acaso somos alguien
para ser nadie transcurrimos
en tanto el cuerpo duele y adolece

La vida es el bolsillo roto de un vestido
morir es ser sin aire desnudados
resultar de la resta de un total provisorio

Morir es encontrarnos con lo que nunca
fuimos



Trazamos el mapa de una ciudad secreta

Mateo Mansilla-Moya

Para Alejandra Garnica

Trazamos el mapa de una ciudad secreta
donde las calles de piedra
mordían nuestros zapatos
y los troncos en los parques
susurraban en código
nuestros nombres
para que nadie nos descubriera

Renunciamos a las brújulas
y tiramos un astrolabio:
ahí el sur era nuestro centro
y los días nunca terminaban
porque en la cartografía
de la bóveda celeste
al sol siempre lo pusimos
como techo

Dibujamos calles petricor
parques óleo
cuevas con libros de viejo
y callejones aguacate
que reducían la ciudad
a cafeterías, parques, museos y cines
donde pasábamos
los fines de semana
escondiéndonos del sol

La ciudad se parecía a la de nuestros padres,
aunque la habitábamos sólo nosotros dos,

y las vías pintadas de morado
se entrelazaban
en un metro que terminaba
por recordarnos
que, aunque poblado
por fantasmas
y siluetas,
sólo estábamos tú y yo.



Sigilosa

María Esther López Aguado

Déjame tocar tu puerta sigilosa
 prometo no despertarte de tus sueños
 sólo quería que supieras
 cuánto te amo,
 desde este dintel te abrazo
 y me acerco despacito a tu recuerdo.

Déjame acariciarte con mis ojos
 descubrir el suave tacto
 imprimir tu lento respirar en mis pupilas
 tenerte cerca
 besar tu oído con mi aliento
 despertarte poco a poco y en silencio.

Déjame entrar en tus cobijas
 escurrirme entre tus brazos
 tocar la punta de tus pies con mi saliva
 y besarte desde tu rostro dormido
 y que me sueñes y que me beses
 en cada latido de tu ser
 en este pulso en donde corre
 la sangre que te vive y te reclama.

No te despiertes ahora
 sigue soñando,
 si algún sobresalto te alcanzara
 es que me permitiste sin querer
 entrar en tus sueños
 y te dije muy quedito
 cuánto te amo
 recorrí tu piel con mi mirada
 ¡Y sucedió la madrugada!



CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Ánimas

Andrea Fischer

1.

Ramón y Pilar están soplando burbujas en el atrio de la iglesia. Él corretea palomas y las espanta con un fuste de juguete que le regalaron de Navidad. Ella, que es más rápida, se ríe de él mientras le da la vuelta al espacio abierto. Mientras tanto, su madre espera al interior del templo a que las monjas la atiendan: necesita que el párroco vaya a ungirle los santos óleos al abuelo, que está muy enfermo. Ninguno sabe que el señor ya está muerto.

2.

Un cristo mira a Inmaculada desde el altar. Tiene cabello real incrustado en el cráneo, está sangrado y parece pedir ayuda con los labios ligeramente abiertos. Ella lo mira buscando clemencia: su padre está muy enfermo porque es un hombre mayor, no la reconoce y piensa que su esposa todavía vive, aunque falleció algunos años atrás. Está nerviosa. Rebota las piernas contra el piso y tamborilea los dedos sobre la butaca de madera. No hay nadie más con ella. En ese momento, la puerta de la sacristía se abre.

3.

Una monja vestida de blanco sale de la sacristía. Tiene el ceño fruncido y se mueve lento, porque el sobrepeso no le permite ser muy ágil. Le suda el labio superior y parece tener muchas cosas que hacer. Cuando ve a Inmaculada, le pregunta que qué se le ofrece. Ella intenta explicarle que su padre está muy enfermo, pero no tiene mucho éxito. *No podemos atenderla. El señor cura está muy ocupado. Vuelva usted mañana. Tal vez tenga más suerte y lo encuentre más tranquilo.* El cristo suspira.

4.

Al salir de la iglesia, Inmaculada encuentra a su hermana, Concepción. La mujer está abrazando a sus dos hijos, que han roto en llanto. Tan pronto la ve, niega lentamente con la cabeza. Inmaculada siente una bofetada de aire frío cruzarle el rostro. Ramón corre hacia su madre y suelta el fuste que le regalaron de Navidad. Tiene la cara hinchada y roja. No puede respirar bien. Concepción camina hacia su hermana con la niña de la mano, quien se esconde detrás del rebozo de su tía. *Ya no está aquí,* le dice. *Ya se nos fue.*

5.

Inmaculada regresa a casa de sus padres con las manos vacías. Tiene los ojos secos y los labios sellados. Dice muy poco. Se mueve mecánicamente. Agradece la compañía por cortesía. Alguien trajo un féretro para llevarse a su padre. La caja está cerrada. Sólo entonces se da cuenta de que no va a poder despedirse de él. Lo último que le dijo antes de salir fue *ahorita regreso*. Ya no podrá decirle nada más.



Carolina Gómez Cea

El dedo en la llaga

Fernando Corona

Permaneció el silencio mientras se hundía despacio
el cuchillo oxidado del tiempo que no cambia.

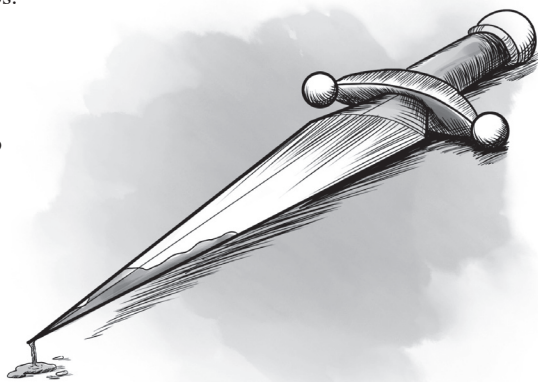
En las paredes malditas de los templos
un trozo de cielo se hacía sombra
y en un bosque de muros, de torres, de neblina,
al pie de los arbustos que mueren en otoño,
la mano silenciosa de Dios rasgó mi flanco.

Una zarpa divina, un garfio hambriento,
penetró en el costado ensangrentado
como un rayo de sol o una mirada
o una mano voraz bajo la hoja de parra.

Un rato se mantuvo la herida perceptible
como un surco de carne que respira:
ojo abierto que mira como un ciego
y rebanada de luz que se hace noche.

Una costilla se abrió paso con cautela
entre los pliegues rencorosos de la herida.
El hueso lastimero se hizo carne
y la carne resbalaba suavemente
hasta quedarse callada entre mis brazos.

Así partió la llaga del costado
y la herida infinita es ahora la costilla,
la inefable espesura de caricias
que no toco con el dedo o con el pulso
porque duele todavía como si fuera
la grieta que cargué por un instante.



Miro al mar

Cecilia Durán Mena

A mí no me sucedió como a Gregorio Samsa, quien un buen día despertó convertido en un insecto, ni me pasó lo que a Álvaro Mendiola, al que un infarto le arrebató recuerdos e identidad. Lo que me desbarató la memoria me sucedió en medio de una comida, con muchas personas cerca. Todos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo menos yo. Los meseros corrieron de un lado a otro, llamaron a la ambulancia y yo no entendía nada. Sólo veía gente alarmada corriendo a mi alrededor. Empecé a escuchar las voces cada vez más lejos y a ver las caras como desconstruidas, como si nada más tuvieran una mitad y la otra no. En medio de todo ese jaleo, sentí que estaba en uno de esos cuadros cubistas y todo se fragmentaba en planos inconexos cuyos puntos de encuentro estaban en fuga. Así que me quedó la mente con una mitad sí y otra no. Descolocada, como los rostros en los cuadros de Picasso. Flácida, como los relojes que pintó Dalí. Lo que pasa es que la mitad que me quedó es más pequeña que la que se fue, o eso creo.

No sé cómo trabaja mi cerebro. Logro reconocer el sonido de la cigarra que estridula sin cesar por las mañanas, distingo el trino de un canario del de un petirrojo y las diferencias de sus cantos refinados o dulces o elegantes, pero no puedo conectar los rostros de las personas que me dicen que son cercanas y ponerles nombre. Puedo resolver la fórmula de la aceleración de los cuerpos y no recuerdo mi número de teléfono celular. Los veo mirarme, fijan sus ojos en mí, veo que aprietan los labios y tratan de evitar que se les salgan las lágrimas.

Me tienen trabajando en la recuperación de la memoria, dicen que así también voy a recuperar la identidad. Saber quién fui y saber quién soy van de la mano. Es tan importante recobrar la consciencia de mis gustos y mis disgustos como de mis cariños y antipatías. Eso dice el doctor. Estoy en una casa de playa, imagino que es la mía. Los muebles de la sala son blancos, los camastros de madera de teca y yo estoy meciéndome en una hamaca de tablas de árbol de maschicle. Lo más hermoso es la vista a la Bahía de Santa Lucía, que sé es una de las más grandes del mundo. No sé cómo, pero lo sé. Veo desde la Roqueta hasta Punta Diamante. Es curioso, puedo nombrar las playas desde Caleta hasta Icacos y no me acuerdo de mi propio nombre. El médico dice que no me alarme, que me acordaré. Ojalá.

¡Qué curioso! Pierdo la vista en el azul del mar intentando encontrar respuestas. ¿Quién soy? Yo sé quién soy, dijo Don Quijote de la Mancha, cuando todos lo tachaban de loco. Yo, sé que no estoy loca, pero no sé quién soy. Sé y no sé cómo, pero sé que a menudo se adoptan máscaras para ocultar la verdadera identidad. Por ejemplo, sé que Romeo y sus amigos asisten al baile de los Capuleto disfrazados para poder entrar sin ser reconocidos. ¿Será que la identidad es fluida y puede ser manipulada? Me pierdo en esos pensamientos,

no sé si estoy en un proceso para recuperar lo que fui o reconstruir lo que seré. Por eso, clavo la mirada en estas aguas en movimiento, me entretengo en esta infinidad de crestas y valles acuáticos, en ese espacio del que todo sale y al que todo vuelve.

No sé quién soy pero sí sé que el mar es un símbolo de la dinámica de la vida, es el lugar de los nacimientos y las transformaciones, de los renacimientos. El agua de mar en movimiento me hace albergar la esperanza de que esta situación es transitoria y que entre todos estos planos en los que se me desdobra la mente, entre la incertidumbre, la duda, la desorientación, llegará la calma. Por eso, lo miro.

Paso horas y horas mirándolo. Como no puedo leer, no recuerdo cómo hacerlo, apunto los ojos al mar y me lleno de los colores desde el amanecer hasta que se hunde el sol entre sus aguas. Por las mañanas, adquiere un azul profundo y alegre, casi inocente, como infantil; refleja los rayos de luz a los edificios de los hoteles y hasta las montañas. Me transmite su felicidad.

A media mañana, el mar es anfitrión. Recibe a todos los bañistas que se acercan a la playa, que se ven como puntos diminutos que salen de un hormiguero. Observo a los que juegan con los jetskies, lanchas y parachutes, a los que dibujan surcos al ir esquiando. Lo que más me gusta ver son esos veleros que extienden sus telas al aire y avanzan. Parece que van muy lento, que se deslizan por encima venciendo las profundidades.

Una luz se ilumina en la mente. Soy un ser superficial. No me gustan las profundidades. El recuerdo me trae una voz conocida que no logro identificar. Me dice que dentro del mar hay una gran sensación de libertad, que los buzos, al sumergirse, tienen la impresión de estar volando. La voz me genera angustia y la sensación de bajar a la profundidad me causa desarmonía. Las aguas primordiales, el mar profundo, los abismos me resultan terribles, temibles. La instrucción del médico fue tajante, si algo provoca desasosiego, bloquea el recuerdo, es válido hacerlo, vuelve a tu lugar de seguridad, ¿cuál es tu lugar de seguridad? Acapulco, le respondí automáticamente, no sé por qué. Me alejo de esa voz pero recupero esa certeza, soy un ser superficial. No frívolo, o eso creo.

La profundidad del mar me resulta tan parecida al caos que hoy me habita la mente. Los antiguos creyeron que Poseidón ayudó a dar a luz a todos los dioses y luego los sometió uno a uno. Pero el Dios de los Ejércitos fue



el encargado de imponer el orden, fue quien mantuvo sujetos al mar y a todos sus huéspedes. Orden. Intento ponerle orden a la loca de la casa, como invitaba Santa Teresa de Jesús. Sujetarla para lograr gracia y ligereza. Dejar lista la mente.

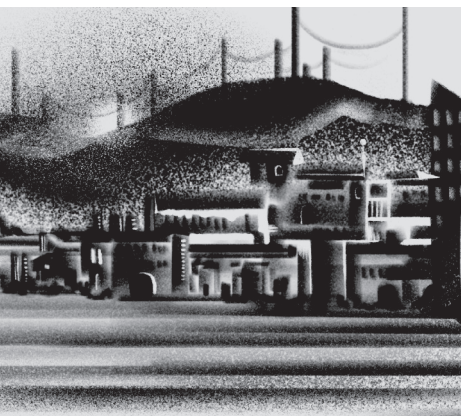
Al atardecer el mar toma intensidad. Los rayos entran en forma tangencial al agua y el sol comienza a tocar esa superficie. Se hunde lentamente, con mucho cuidado, como si le diera miedo entrar, como un niño que quiere y no saltar a la alberca. Por fin, decide meterse. Casi puedo oír el chisporroteo del agua al tocarla algo tan caliente. Entonces, se forma un camino dorado sobre las olas. El azul se combina con el color oro y con el rosa. Si hay fortuna y el mar está en calma, no nada más el sol se mete a bañar, también algunas nubes bajan del cielo y entran a nadar. Recuerdo que en el Génesis, Dios separa las aguas del firmamento de las de la tierra y a esta hora es clara la intención autoral del Creador.

También me acuerdo que para los místicos el mar simboliza el mundo y el corazón humano. Es increíble, pero puedo citar a Aelred de Rievaulx, sabio del siglo XII, que creía que el mar se sitúa entre Dios y nosotros: unos se ahogan, otros cruzan. Para atravesarlo es necesario contar con un navío para recorrer el camino y llegar a buen destino. ¿Se habrá referido a este camino dorado que estoy viendo?

En el Apocalipsis, Juan canta sobre el mundo nuevo en el que no habrá penas ni llantos, se enjugarán las lágrimas y el mar ya no existirá. ¿Cómo podrá dejar de haber mortificaciones si el mar ya no está? Tal vez sea que en esas aguas convergen la vida y la muerte, que a ellas llegan los dioses y sus seres gobernados. El mar goza de ese don divino de dar y crear vida pero también de quitarla.

Dicen que en el Mar el Hombre encuentra revelaciones. Espero que me pase como a Morann, el hijo del rey usurpador Cairpre, que es arrojado al mar con el rostro cubierto. Pero el agua rompe la máscara. El niño es recogido por pescadores y, ya sin nada que le cubra la cara, descubre su identidad y se convierte en un gran gobernante.

Miro al mar, de noche y de día para ver si de esta contemplación logro encontrar la fortaleza que me lleve, no a recordar anécdotas y frases, sino a toparme de frente con mi verdadero rostro y, por fin, poder decir sin locuras: Yo sé quién soy.

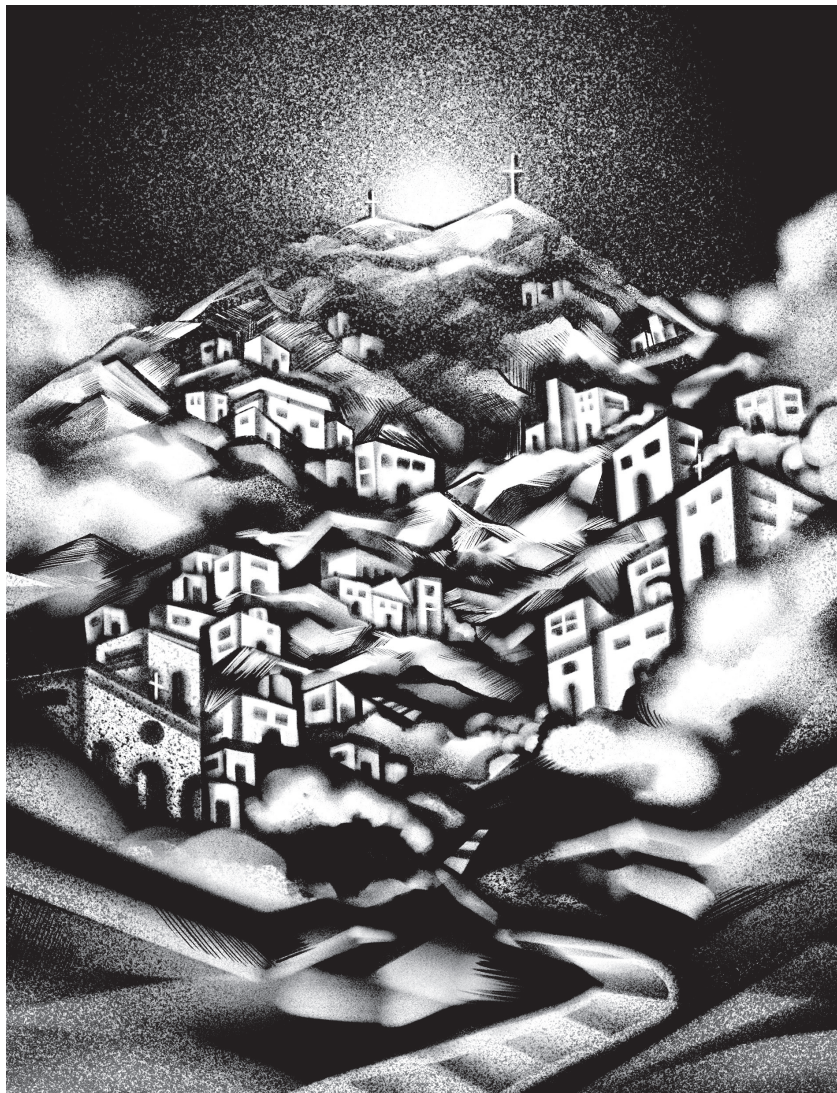


Romance de Hécate en Ecatepec

Óscar de Pablo Hammeken

Aprobado para su publicación por Ed. FCE,
Puño y letra, México, 2023.

Largo de aquí, perra negra, bruja hedionda de tres caras. Vete a pecar
a otros puertos
o peca de recatada. Ahueca el ala de elote, zopilote de las balas,
de las malas compañías, y manías de niñas malas. Llévate de aquí
tu peste
a miedo de encrucijada, ese antiguo hedor a décadas
de muertes amontonadas. Ve hasta donde no la huelan
Santo Tomás Chiconautla
ni Santa Clara Coatitla ni las demás Santa Claras, Santa María
Tulpetlac, o los Héroes de Tecámac. Sácate de la cabeza esa maleza
herrumbada, esa corona de espinas
de vecinas deshonradas, de la cabeza cabrona de la zona
conurbada. Los cables del teleférico
son los nervios tus alas. Sácate de las casitas
que imitas en carcajadas, como un mosaico de dientes pendientes de la
montaña
de San Pedro Xalostoc
a las seis de la mañana. Sácate o quédate aquí
y sécate como anciana, Hécate en Ecatepec, viva aún pero enterrada.
Sécate como el zacate, antes que vengan las aguas,
antes que toda esa mierda
se nos pierda en la barranca, mezclada con el sudor de mil axilas sin
alas. Vete, que aquí viven hombres
y los hombres te traen ganas. Sácate, hechicera hermosa, joven diosa de
tres caras, caras raras de los muertos
y de las encrucijadas. En Jardines de Morelos, Ecatepec peca y mata.
Sácate de aquí o reseca
esa piel morena y naca, antes de que Ecatepec
te mate cual mató a tantas.



Carolina Gómez Cea

Arquitectura y magia: Consideraciones sobre la idea de El Escorial

Fernando Montoya

*Dicen que 'de Madrid al cielo' pero...
¿No habrá que pasar por El Escorial primero?*

Frase popular

A Leopoldo Villasante Rivadeneyra, entrañable amigo.

El año pasado realicé por primera vez (y espero no la única) una visita al Monasterio de El Escorial, el cual, sin duda, dejó una genuina curiosidad por conocer más sobre sus mitos y leyendas. A grandes rasgos, se ha escrito mucho acerca de la inspiración esotérica que pesa sobre él. Para ello, habrá que iniciar con un breve recuento histórico que ponga en evidencia la influencia del esoterismo y otras ideas místicas.

En España la tradición esotérica viene de muy antiguos tiempos y tiene un florecimiento en la ciudad de Toledo. Esta ciudad fue el ejemplo de lo que ocurrió en otras muchas ciudades de la península ibérica, es decir, en ella se concentró la tradición espiritual de judíos, cristianos y musulmanes. Allí se fundó la Escuela de Traductores, por mandato del rey Alfonso X de Castilla, llamado el Sabio, lo que permitió poner a disposición de occidente gran cantidad de textos antiguos, ligados a la tradición arcana; por ejemplo, el famoso "Picatrix", obra traducida del árabe sobre la confección de talismanes que pasó, posteriormente, a formar parte de la biblioteca de Enrique III de Francia.

Paralelamente, también se desarrolló la cábala judía medieval. Nacida en el sur de Francia, en el siglo XI, pasó a la península ibérica y alcanzó un gran auge, sobre todo en las ciudades de Gerona y en León, donde se escribió la joya esotérica por antonomasia: el Zohar, atribuido a Moisés de León. Con ello y con el impulso del misticismo sufí, filosóficamente relacionado con el neoplatonismo y representado por varios maestros entre los que resalta Ibn al 'Arabi de Murcia, España se convirtió en fuente del pensamiento esotérico más representativo de la Edad Media que se mantuvo durante el Renacimiento.

Felipe II, así como los arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, estuvieron influidos por el pensamiento mágico del renacimiento, según el cual, la Divinidad se revela al hombre a través de sus dos manifestaciones primordiales: La Palabra y el Número. Idea que, a su vez, el Renacimiento

recogió de la Cábala. Según ésta, el Número determina las estructuras inamovibles de la creación, los esquemas fijos por los que se rigen las leyes de la naturaleza y la profunda sabiduría que se descubre en el Universo. Por su parte, la Palabra (el Verbo) explica sus diferencias y afinidades, la relación de todo con el Todo. Por medio de la cifra, Jehová (el Creador) se comunica con el hombre y éste, a su vez, se comunica con el Creador, a través de la Palabra.

Así pues, esa influencia así como el interés que en general, tanto el rey como los arquitectos mostraban por el esoterismo, nos llevan a creer que El Escorial es un edificio hermético y que en esa dirección debemos buscar los verdaderos motivos que llevaron a su construcción, más allá de la versión oficial. Según ésta el Monasterio fue levantado para conmemorar la batalla de San Quintín, que tuvo lugar el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo, a cuya advocación está ligado.



David Guerrero

Para el arquitecto Herrera, la arquitectura es un proceso mágico, en el que intervienen desde técnicas de construcción hasta disciplinas como la astrología, la alquimia y la cábala. Esta era la visión que se tenía en aquella época. Según este proceso, toda obra parte de la visión interna del artista, considerada como un “destello de la divinidad”. Muy probablemente el punto de partida de El Escorial debió ser una de estas “ideas-revelaciones”; en realidad, con su construcción, se trataba de emular el famoso templo de Salomón, prototipo del concepto de “templo” por excelencia.

Las construcciones debían permanecer en el tiempo y este impulso, sin lugar a duda, estuvo presente en El Escorial. Todo el monumento, en su conjunto, está dividido en tres partes: El Palacio o residencia real (ala norte), el Monasterio o convento (ala sur) y en el centro el Templo. Esta distribución se parecía, también, a la de la famosa obra del rey Salomón, el cual concibió su templo como un espacio que, resumiendo en sus estructuras la esencia del saber del Creador, fuera apto para albergar la tradición sagrada; además (en ambos casos), junto al templo se construiría el palacio del rey, con la finalidad de aproximarlos a la conciencia de lo divino y de que recibiese los poderes que le permitieran dominar al mundo, para conducirlo con justicia y sabiduría por el camino de la unión con lo sagrado. El Monasterio, por otro lado, sería el lugar destinado a los sacerdotes para el estudio y la oración. Pero sin olvidar que la parte central estaba ocupada por el templo y que a su alrededor gira todo lo demás.

En todas las grandes culturas de la antigüedad, el templo era un centro receptor de energías cósmicas y telúricas, que podían ser transmutadas a través de los rituales que en él se realizaban. Por ello se debía buscar el lugar y el momento más adecuado para levantar la obra, con el fin de aumentar su potencialidad. En el caso de El Escorial no podía ser de otro modo y así, entre los años 1560 y 1561, el rey encargó a una comisión de sabios, compuesta por arquitectos, geógrafos, geólogos, médicos y filósofos, que buscaran el lugar idóneo para su emplazamiento, en los alrededores de la capital del reino. La elección del sitio no fue fruto del azar, sino de todo un proceso de estudio, en el que se tuvieron en cuenta motivos astrológicos y geológicos. Finalmente se escogió un lugar en las estribaciones de la sierra de Guadarrama a 1000 metros de altura y que, según algunas tradiciones anteriores, era llamado la “boca del infierno” o “la escoria de Guadarrama”.

Se pensaba que todo templo era un ser vivo, que evolucionaba a lo largo del tiempo y que, consiguientemente, tenía su momento preciso de gestación, con sus propias influencias astrológicas. Así, encontramos que en este Monasterio se procedió a colocar la primera piedra del monumento el día 23 de abril de 1563 a las once de la mañana, y la primera piedra del templo el día 20 de agosto de ese mismo año, a las seis en punto de la tarde. Según investigaciones realizadas, se sabe que esas fechas y horas indicadas fueran elegidas buscando el efecto positivo de los astros, en días en que tenía lugar

una importante influencia de Saturno en su conjunción con Venus y Júpiter. Precisamente esa influencia era recogida como beneficiosa en la vida de Felipe II en la carta astral que elaboraron para él y que conservó a lo largo de su vida.

La traza de El Escorial contiene otro elemento esotérico importante: el pentáculo o pentagrama (la estrella de cinco puntas). Si sobre la planta del Escorial trazamos el pentagrama partiendo del centro geométrico del edificio, que es mostrada a los visitantes al penetrar en el templo, nos encontramos con algo que no puede ser debido al azar. Los dos ángulos inferiores de la estrella coinciden con las dos puertas de la fachada del edificio que flanquean la entrada principal, a ambos lados del Patio de los Reyes, y que son la puerta de entrada al Colegio (a la izquierda) y al Convento (a la derecha). Los dos brazos superiores del pentagrama se corresponden con el Cuerpo de Guardia de la Casa Real (sede de la fuerza) y con las salas capitulares del convento (sede de la espiritualidad). La punta superior de la estrella indica, también, al lugar más sagrado del templo. Si nos detenemos a reflexionar sobre los lugares que indican cada una de las puntas del pentagrama, nos daremos cuenta de que señalan las dependencias fundamentales del edificio: la enseñanza, el gobierno, la milicia y la religión, todas bajo la autoridad del soberano que debe poner esos principios en comunicación con lo divino.

Hay que considerar que el monasterio está dedicado a San Lorenzo, santo oscense de los primeros siglos de la era cristiana que, según la tradición, murió en la parrilla y que se relaciona estrechamente con el astro rey: el Sol. Y para poner más en evidencia esa relación, los constructores orientaron el eje del edificio con la puesta de sol del día 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo. El sol se oculta, muere todos los días en el atardecer, y resucita con el amanecer del nuevo día; de esta manera, queda representada con el movimiento solar la idea de la muerte íntimamente unida a la Resurrección.

Observando el monumento desde lo alto, podemos ver la forma de la “parrilla”, cuyos brazos son de pedernal, que se vuelven incandescentes por el fuego, especialmente cuando son iluminados por el sol. Es un fuego pétreo y eterno al que se somete la parrilla, constituida por el tejado de pizarra negra, rematado por nueve torres que, a su vez, están coronadas por sendas esferas metálicas.

Finalmente, una parte muy importante del monasterio, que hay que destacar especialmente, es la biblioteca, la cual posee una colección de libros de incalculable valor. Precisamente esta biblioteca se considera como uno de los proyectos más queridos por Felipe II, creada a partir de su propia colección particular que constaba de 4,000 volúmenes (muchos de ellos esotéricos) y enriquecida posteriormente con toda clase de aportaciones impresas y manuscritos: 1886 árabes, 582 griegos, 2,086 latinos y de otras lenguas y 7,000 estampas. Procedían de todos los rincones de Europa y del mundo, puesto que se hallan libros chinos e incluso restos de papiros egipcios.

Una biblioteca es algo mágico, donde reposa el pensamiento de

la humanidad y que encierra, además, una imagen del mundo y una clave interpretativa del universo. Por eso su concepción, su orden y su disposición no pueden ser aleatorios, sino que de por sí señalan un itinerario para alcanzar la sabiduría.

Los frescos que decoran la bóveda de la estancia fueron pintados por Pellegrino Pellegrini. Ilustran el conjunto de saberes tal como se concebía por entonces y que pueden sintetizarse en los cuatro pilares del conocimiento: Filosofía, Ciencia, Arte y Religión (o Mística).



David Guerrero

En conclusión, el hombre renacentista, como lo fue Felipe II, no se conforma con ser un simple observador de la obra divina sino que se convierte en un admirador activo de la misma. Entra en ella y siente la necesidad de preguntarse acerca de las causas del funcionamiento del Universo y de conocer sus leyes; pero, a su vez, conserva la suficiente humildad, la capacidad de asombro para admirarse ante lo grandioso del universo que le rodea y lo limitado de sus capacidades y de su propia existencia. Entonces se buscaba que la ciencia y el desarrollo moral, ético y espiritual marchasen en perfecto equilibrio.

Esa actitud ha de servir de reflexión al ser humano actual, haciéndonos sentir la necesidad de revisar determinadas concepciones y de preguntarnos si no hemos llegado a un momento de grandes avances tecnológicos y científicos, pero que simultáneamente hay mucha pobreza interior, que nos hace sentirnos desorientados y desamparados, lo que pone en riesgo la existencia propia de la vida en este pequeño rincón del universo. Como dijera Mario Rosso de Luna, escritor teosófico español: “Quisiera escribir en una lengua ignota cuya clave sólo los buenos poseyesen, no esos pobres que saben más para ser más perversos, olvidando que virtud y ciencia son esencialmente una misma cosa”.

Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

¿TE GUSTA LEER?
¡ESTO ES PARA TI!



¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!

TALLER DE LECTURA

¿Interesado?



CONTACTO@PORESCRITO.COM



Sin título, de la serie Los Reyes, Santiago López Peralta



Andando en mí, Vik Olpez



Sin título, Arturo Chagoyán



Lobo, Irina Ovikova



Quién fue, Ignacio Navarro



Gato, Fernando Montoya



Quién fue, Ignacio Navarro.

Noche de dominó con amigos

Jerónimo Boullosa

“Quien no deja ir... muere”. Aprender dicha lección me llevó a este asqueroso lugar con olor a medicina y demasiado blanco. Pero lo qué más me dolió de no haber aprendido dicha lección fue la mirada de mi esposa. Ay, y la de mi dulce hija. Sólo ver a mi hija abrazando a su madre mientras me metían a la patrulla me partía el corazón. ¿Sabes cómo duele el corazón del hombre, cuando ni su misma esposa cree sus palabras? “Maldito psicópata”, fue lo último que me dijo quien juró estar en buenas y malas a mi lado. Miren, bien sé que esta camisa de fuerza, la cantidad de hombres armados y mi mirada perdida en el patrón de colchones de la pared, refuerzan las palabras de mi amada... sin embargo, puedo jurarles por mi vida misma que no estoy loco.

Esa noche no llevaba siquiera un arma, y menos un cuchillo, sólo llevaba un inofensivo vino tinto y una elegante caja de aburrido dominó en el asiento del copiloto. Las farolas de la calle alumbran las palabras “Dominó” grabadas sobre la caja, mientras el mar de sangre dentro de la botella se revolvió estrepitosamente con cada tope y cada frenón.

Andaba en traje, iba apenas saliendo de las largas jornadas de trabajo en la empresa de seguros en la que trabajo, y para demostrar que no estaba bajo efectos de ninguna sustancia, pregúntele a mi jefe, que jamás llevo alcoholizado ni drogado al trabajo. Nunca he pensado que ambos extremos de la vida se deban juntar. Esa noche era aburrida como cualquier otra:

Las estrellas brillan más tenues que los edificios a mi alrededor sobre la oscura burbuja de la noche. Poca gente recorre las calles a estas horas en un martes cualquiera. Sin embargo, los martes son los nuevos viernes para nosotros. Tras la muerte de Paco por cáncer, yo y el resto de mis amigos decidimos frecuentarnos más y, un poco hartos de la superficialidad que sostiene cada antro o bar, decidimos juntarnos a jugar indiferentes partidas de dominó, mientras bebemos pomposo vino y comemos pizza de Dominos. Se nos hizo buena puntada el jugar dominó comiendo Dominos, mientras hablamos de “viejas” y soltamos chistes malos que nos ayudan a escapar por un rato de nuestras aburridas y repetitivas semanas.

Giro a la derecha y cruzo aquel enorme puente que lleva al todavía más enorme fraccionamiento de Jaime, el *host* del dominó de esta semana.

Nunca me ha gustado tanto la idea de que Jaime sea *host*, no tanto porque el fraccionamiento queda en las afueras de la ciudad, sino porque Jaime es un hombre que se sabe exitoso y siempre al salir de su casa acabo sintiéndome peor de lo que entré. Es decir, cuando a mí me toca ser *host*, pongo una bolsa de Chips Fuego y un dip de queso de Tostitos y nos juntamos los seis en la apretada mesa de mi cocina a soltar las fichas. En cambio, cuando Jaime es *host*, te abre la puerta con su gran sonrisa perfecta, te guía por un pasillo lleno de fotografías familiares en los viajes más exóticos que a uno se le pueden ocurrir. Su familia se ve tan perfecta,

que podrías agarrar la foto y meterla en uno de los anuncios de los seguros de vida que yo vendo. Te lleva a la amplia terraza, donde música del idiota de Bad Bunny suena en las bocinas de la casa (qué, ¿somos adolescentes calientes?) y te recibe con una mesa llena de una variedad de quesos, de panes y *foie gras*. Eso sí, le falta el dip de queso de Tostitos. Y para acabarla de fregar, su esposa baja a saludar y no por mera cortesía, como la mía lo hace con su falsa sonrisa, sino por mero placer. El otro día ella hasta se quedó platicando con nosotros sobre los Giants. Ay su esposa, su dulce, dulce esposa, con esa delgada cadera, esos pechos redondos y ese perfume que usa, uff, ese dulce perfume con olor a piña, frutos rojos que dan ganas de cogert...

—¿A quién visita?

“Coger” es algo que definitivamente se desvanece de mi mente cuando veo al gordito bigotudo que me hace esa pregunta. Al parecer ya llegué a la pluma del fraccionamiento.

—Sí, vengo con Jaime Santiesteban, a Cedros 29.

El guardia bigotudo hace unas anotaciones en un bloc.

—¿A quién anuncio?

—A Lauro Martínez.

—Razón por la que visita.

Una parte de mí quiso bromear “asesinar a todos los residentes”, pero mi decencia acabó ganando y dije:

—Pues, de visita.

—Identificación, por favor —pide el guardia antipático.

Le doy mi licencia... se me olvida cómo luego es más difícil cruzar la pluma de estos fraccionamientos que la misma frontera. Veo la enorme arquitectura de la entrada y parece que estoy entrando a un tipo de cielo. Un mundo aparte en el que señoras que no han hecho nada de su vida caminan por el jardín en sus lululemons, hombres manejan coches deportivos a menos de 10 kilómetros por hora porque hay “niños jugando” y...

Ploc, el guardia coloca un cono de visita sobre mi cofre y dice:

—Ya no tenemos estacionamiento en Cedros, pero puede estacionarse aquí enfrente y caminar.

Tanto dinero pero poco estacionamiento. Sin embargo, como no me queda de otra, me estaciono donde señala el guardia y bajo del coche. Con botella y dominó en mano veo el largo camino alumbrado por faroles que me queda por delante. Es casi un kilómetro de aquí a Cedros 29.

Clinc, clinc, clinc, cantan las fichas en la caja de la mano derecha y *slash, slash, slash* rima el vino en la botella de la mano izquierda. *Cri... criiiii... criiiii*, dice la cigarra en los arbustos a mi derecha y *plac, plac, plac* se quejan abajo mis pies, mientras yo recorro este cielo de concreto y cámaras de seguridad.

Veo las casas a mi alrededor alumbradas como si fueran obras de arte en museo. Hay varias casas todavía más grandes que la de Jaime. Veo mi reloj y apunta que son las 9:23. A pesar de esta caminata, probablemente

llegue antes que el resto de mis amigos, pues la cita es a las 9:30 y ya llevo casi la mitad del camino.

Clic, clic, slash, slash, criiii... criiii, plac, plac y de repente... nada. El silencio llena la calle a mi frenar. El aire gélido besa mi cuello. Pues ahí, a veinte metros delante de mí, bajo la luz de la farola hay una figura firme, está quieta. Se trata de un hombre y está atento en mí.

No hay nada que temer, me digo, es un fraccionamiento seguro, ¿no viste a todos los guardias de la entrada? Hasta te preguntan la razón de tu visita. Pero antes de que me dé cuenta, el hombre levanta una tiesa mano y me saluda lentamente.

Mi corazón se acelera, y veo cómo aquel hombre comienza a acercarse hacia mí; sin embargo, sus pies no retumban en el piso. No se escucha ni un plac, plac. Sólo tenebroso silencio, mientras la sombra se acerca y agranda. Las piezas de dominó dentro de mi caja comienzan a temblar. Siento que voy a morir en este cielo de concreto y casas de millones.

Pero entonces, el hombre pasa debajo de un farol y lo que llegó a ser miedo en la oscuridad, se vuelve alegría y esperanza infantil en la luz, pues se trataba ni más ni menos que de él. Él, que hace casi 48 años no aparecía en mi vida. ¿Pero sí será él? Obvio que es él, de quién más será esa sonrisa de ciento un dientes, ese espeso pelo chino, sus tres ojos y su piel morada... no ha cambiado nada en tanto tiempo. Hasta sigue usando la misma camisa hawaiana azul.

—¿Gusgus? —pregunto incrédulo a mis ojos.

—Laurito, ¿cómo está mi compadrito? —me dice con su chillona voz, mientras me abraza.

Me siento muy feliz de volver a verlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto emocionado—. Pensé que estabas...

—¿Olvidado? —interrumpe él con su mirada infantil.

—Iba a decir muerto, pero sí, olvidado creo que aplica más.

—Claro que no, los amigos de verdad nunca se olvidan.

—Jajaja, ya lo creo —ríe yo, cuando recuerdo el dominó en mi mano—... oye, me vas a matar, pero tengo un poquito de prisa, así que pásame tu celular.

—No tengo celular, pero tampoco mucho qué hacer —dice con su sonrisa—, así que te pregunto: ¿a dónde vas?

—Aquí a Cedros 29 a jugar dominó.

—¿Quién vive en Cedros 29?

—Un amigo.

Me ve fijamente con sus tres ojos perdidos.

—Un amigo llamado Jaime, probablemente no lo conozcas —le explico yo.

Se hizo un incómodo silencio por un rato, pero Gusgus lo rompe con una gran sonrisa:

—Pues
con gusto te
acompañaré, amiguito.

—Me parece
buen plan —digo yo.

Era raro,
tener a alguien a tu
lado pero a la vez
sentir que caminas
solo. Sus pasos no
suenan en la calle, su
presencia no parece
tan notoria, pero al
ver a mi derecha ahí
está con su fina y larga
sonrisa, esa sonrisa
que simplemente
siempre está.

—¿Cómo
ha estado la vida? —
le pregunto.

—Bien,
bien, estuve a punto de
casarme —dice él.

—¿De
verdad? —le digo
yo, sorprendido.

Nunca creí
que Gusgus fuese a
conseguir a alguien
en su vida, era
muy intenso.

—Sí.

—¿Y por qué no recibí invitación a la boda?

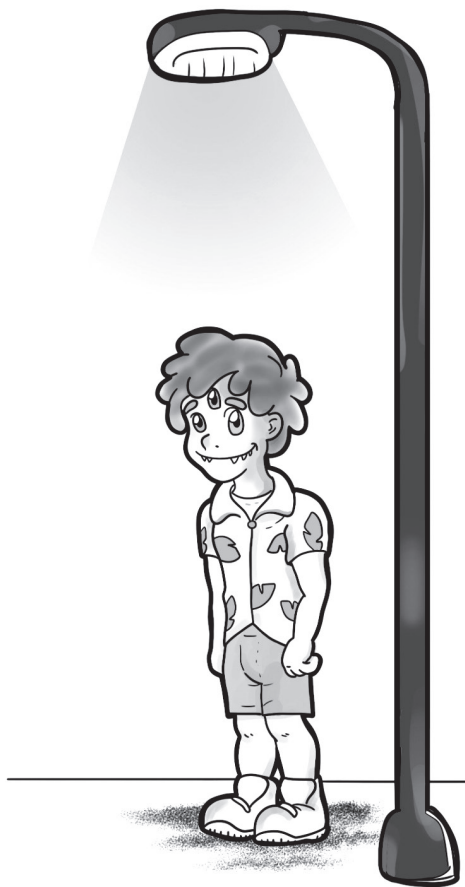
—No sabía cómo contactarte. Además, me iba a casar con un unicornio, y ya sabes cómo odian ellos a los humanos por esclavizar a sus primos los caballos.

—Cierto, se me había olvidado eso —digo yo, fingiendo que ya sabía aquel dato. Caminamos con el *slash-slash* del vino un rato más hasta que le pregunto:

—¿Y qué tal estuvo la boda?

Veo que la mirada de Gusgus se pierde en las estrellas.

—Nunca se armó —me dice triste.



Paúl Núñez

—¿Cómo crees?

—Me puso el cuerno la canija.

Me siento terrible por mi amigo. Guscus no se merecía eso.

—De verdad, ¿con quién?

No, literal se quitó su cuerno y me lo puso un día mientras dormía —me explica él—. Creyó que sería una broma divertida la muy sopenca, y yo... me enojé. En fin, unicornios, ¿quien los entiende, no?

—Sí, quién los entiende, ¿cómo se llamaba?

—Alejandrina.

Caminamos un rato más entre pasto bien cortado y calles mejor iluminadas que pista de aeropuerto en silencio.

—¿Y cómo te sientes por lo de Alejandrina? —me atrevo a preguntar.

—Bien, mucho mejor, la verdad —me dice él—. Me ayudó mucho el álbum mental que tengo de recuerdos contigo... eso y comer mis chocolates.

—No sabía que tenías un álbum mental de recuerdos.

—Sí, se llama memoria —me explica él—. Ahí vi la vez que jugamos *ding dong corre* en casa de tu abuelita, ¿te acuerdas de eso?

—Sí —digo yo, recordando el ruido del timbre y mis pequeños pies correr—. La pasábamos bomba.

—Y ahora vete, jugando cosas aburridas y tomando alcohol al igual que tu padre.

—A ver, no son cosas aburridas, se llama dominó y es de mucha estrategia y...

—Suená aburrido.

—No lo es.

—¿Tienes que contar en ese juego?

—Sólo si cierran el juego.

—Bah, desde cuándo te gusta contar.

—Guscus, si quieres una vida en este planeta tienes que saber contar.

—Yo no sé contar.

—No, pero yo sí y tú eres parte de...

—Deja de ser tan aburrido

—interrumpe él.

—No soy aburrido, soy responsable y hay una gran diferencia entre ambas.

—Responsable, adulto, contar, aburrido... —dice Guscus—. No eres el niño libre que una vez fuiste.

—No soy niño, pero libre sí.

—No lo creo, antes decías que querías viajar entre las estrellas, ahora sólo caminas bajo



Paúl Núñez

ellas con dominó en mano.

—Sí, sí soy libre, Gusgus, y eso tú no lo entenderías.

Gusgus se frena en seco como niño berrinchudo (o unicornio ofendido) y me dice:

—Pruébame que eres libre.

—¿Qué? —replico yo, desesperado.

—Pruébalo y volverás a ser mi amiguito.

—¿De qué hablas?

Gusgus sonríe traviesamente y señala la casa que tenemos a nuestro lado.

—Hora de un *ding dong corre*.

—Estás loco.

—¿Ves?, te digo que no eres libre y tú que soñaste que ibas a ser astronauta.

—¿Qué dices?, eran puros sueños vacíos e insignificantes de niños, y niño ya no soy, tengo cuentas qué pagar.

Y entonces, algo cambia en la mirada de Gusgus, algo naranja comienza a salirle por debajo de su tercer ojo, algo grande. Oh no, hice a Gusgus llorar M&Ms. Hace tiempo que no lo veía y no quería que llorara M&Ms, mi cuarto acababa hecho un desastre.

—Lo sabías, Gusgus, lo sabías —se lamenta él en tercera persona, mientras M&Ms azules, naranjas, rojas y hasta una amarilla de las de cacahuete le salen por sus tres ojos—, tu amigo Laurito ya es Laurete, ya es un señor grande, ya le gusta contar.

—Está bueno —digo de mala gana entregándole a Gusgus el dominó y la botella para que me los sostenga.

Me arremango el traje y comienzo a dirigirme hacia la casa más cercana que tenemos.

—Te enseñaré de una vez por todas que sigo siendo libre. Te enseñaré que yo hago lo que quiero, cuando quiero y como quiero y lo haré por medio de tocarle a esta casa desconocida.

La puerta se ve enorme conforme me acerco a ella. Me quedo parado un rato frente a ella y entonces, a un lado, veo el botón del timbre con diseño elegante. Genuinamente siento nervios, soy un adulto, ¿qué se supone que estoy haciendo? Volteo atrás. Gusgus me ve con su traviesa sonrisa, parado sobre un charco multicolor de M&Ms.

Regreso la mirada al botón, inhalo, exhalo y mi dedo se estira, poco a poco hasta que un prolongado *ring!* se escucha.

Salto los escalones de la entrada, me doy una marometa en el pasto, me comienzo a reír, mi corazón late fuertemente, ¿acaso esto es lo que se sentía, lo que se sentía estar vivo?

—¿Quién es? —recibe la empleada doméstica el llamar de la puerta.

Pero querida, ya vas muy tarde, yo ya brinqué los arbustos de la casa y ando corriendo por la banqueta con Gusgus a mi lado. Escucho su risa, su risa

travesía de niño de siete años. Mis pies se mueven, mi respiración es agitada, veo arriba, más allá de las farolas de la calle y veo las estrellas. ¿Esto es lo que se sentía creer que se podía andar entre ellas y no solamente bajo ellas?

Nuestros pasos se calman, qué buena corrida nos acabamos de echar.

—¿Viste su cara? —dice Gusgus brincando dos metros de pura alegría—. Fue como de —su cara se vuelve la de la empleada doméstica— ¿Quién es? —regresa a su cara original de tres ojos y se sigue riendo—. Y tú, ¡rodaste y brincaste un arbusto!

—Sí, juré que no la iba a armar, pero lo salté por completo —celebro yo.

—Wuuuuuuuw —celebra Gusgus.

—Wuuuuuuuw —celebro yo a la noche.

—Debemos hacer esto más seguido —ríe él pasándose el vino y el



Paúl Núñez

dominó, mientras reanudamos nuestra caminata a casa de Jaime.

Y entonces, viendo su extraña cara de tres ojos, me siento inmensamente agradecido de tenerlo a mi lado.

—Gracias... —le digo yo.

—¿De qué? —pregunta él, ingenuo.

—Por todo —digo yo—. Hace tiempo que no me sentía así.

Él sonríe y caminamos unos cuantos metros más cuando una imagen de una caja de cartón, un oso de peluche y ocho pelotas esparcidas por aquel cuarto de mi infancia me vienen a la mente. ¿Acaso yo también tengo un álbum de fotografías mentales?

—¿Te acuerdas cuando nos subíamos a una caja y jurábamos que era un cohete en el espacio?

—Era un cohete en el espacio —me corrige él.

—Como sea —digo yo—. Tuvimos unas muy buenas aventuras en ese juego.

—Las mejores.

—¿Y te acuerdas de que también estaba el Comandante Teddy Come-Galletas, manejando el cohete?

Los tres ojos de Gusgus se iluminan de emoción.

—El Comandante Teddy Come-Galletas —dice con emoción—. Los tres éramos los mejores de los amigos, ya no me acordaba de él.

—¿Cómo te ibas a acordar del Comandante Teddy Come-Galletas desde los ocho años que mi mamá me tiró a la basura? —ríe yo cuando me doy cuenta de que dejo de sentir el caminar de Gusgus a mi lado.

Extrañado, volteo atrás. Gusgus tiene la mirada perdida, sus labios están temblando, tiene miedo.

—¿Ma... mataste al Comandante Teddy Come-Galletas? —Me di cuenta del gran error que acabo de hacer.

—No, no lo maté —le explico poniéndole una mano en el hombro—. Mi mamá lo tiró a la basura.

—¡Eso es todavía peor! —explota Gusgus en ira—. Era nuestro amigo.

—Gusgus...

—Eres muy mal amigo, Laurito, muy muy mal amigo y... y... eso te va a... costar. Nos reemplazaste, nos reemplazaste por números, alcohol y... y.... —la siguiente palabra le cuesta decirla a Gusgus, probablemente porque aprendí esa palabra después de que desapareciera de mi vida— y ¡sexo!

—Gusgus, todo tiene que acabar.

—¿Por qué? Si no eres feliz ahorita...

—Porque es lo que la gente dice.

—Porque —la cara de Gusgus cambia de repente a la mía, cómo me irrita que haga eso— “es lo que la gente dice” —agrega Gusgus en forma de burla, antes de regresar a su cara morada normal—. ¿Sabes qué Laurito?

—No, no quiero saber qué, tengo mucho miedo.

—Vamos a jugar un juego más amiguito.

—No...

—Me lo acabo de inventar, es como *las trais*.

—¿Cómo *las trais*?

—Sí, pero le agregué un toque mío —explica él—. Si llego a casa de tu nuevo amigo Jaime antes que tú, lo mato, ¿qué dices?

—No me gusta esta versión de *las trais*.

—Entonces, si llego antes que tú, violo a su esposa.

—No Gusgus, su esposa no quiere jugar.

—Entonces a sus hijos.

—¡No! Ellos menos.

—Pero si son niños y los niños siempre quieren jugar.

—¡Eres un pinche enfermo! —Gusgus parece ofendido.

—Uyyyyy, dijiste una mala palabra Laurito, a tu mami no le gustaba que dijeras malas palabras —dice él—. ¿Sabes qué?, sólo porque dijiste una mala palabra, haré las tres cosas si te gano.

—No.

—¿Por qué no? Es un juego más divertido que el dominó. Además tú llevas 48 años poniendo las reglas, es mi turno.

—Gusgus, si haces eso, te juro que...

—En sus marcas... listos... ¡fuera!

Ya es muy tarde, Gusgus comienza a correr por el fraccionamiento a gran velocidad, sus pies volviéndose un torbellino morado. Siempre fue más rápido que yo, intento ir tras de él, pero tropiezo. El vino truena, la caja se abre y la banqueta se llena de líquido rojo sangre y el sólido blanco y negro de las piezas.

—Me lleva... —pienso, levantándome un poco, y comienzo a guardar las piezas de dominó de regreso en su caja, cuando me pega: ¿qué estoy haciendo recogiendo piezas de domino?, ¡un enfermo mental quiere matar y violar a la familia de mi amigo!

Meto unas cuantas piezas dentro de la caja y me apresuro a cerrarla, me pongo de pie y comienzo a correr lo más rápido que puedo.

Cling, cling, crrrii, crrriii, clac, clac, cling, cling, crrii, crrii, clac, clac...

Giro a la derecha y ahí la veo, enorme y blanca, la casa de Jaime, todo se ve tranquilo, parece que todavía nada ha pasado. Acelero el paso y brinco los escalones hasta llegar a la puerta donde golpeo furiosamente.

—¡Jaime! —grito yo—. ¡Jaime, viene a matarlos, ábreme!

Desesperado de que nadie abriera la puerta, me apresuro al costado de la casa. Veo arriba que una de las ventanas superiores está abierta.

—¡Ábreme, carajo! ¡Viene por ti, Jaime! ¡Viene por ti! —la cabeza de Jaime se asoma de dicha ventana.

—¿De qué mierda hablas, Lauro? —dice asustado—. Estás asustando a los niños.

—¡Esconde a los niños... te lo digo ya!

Jaime se mete de regreso a la casa y cierra la ventana. Por un momento me siento aliviado. Ojalá Gusgus no haya entrado a la casa todavía y Jaime sólo me esté tomando por loco. Pero entonces, al bajar la mirada, ahí lo veo, del otro lado de la ventana me sonríe Gusgus entre la penumbra de la casa. Está dentro de la cocina. Gusgus aumenta su tamaño y con un largo dedo sobre su delgada boca me ordena callar. Veo a Gusgus desaparecer en la puerta que dirige hacia el comedor.

—¡Jaime!

Pero de la ventana de arriba ya no hay respuesta ni reacción.

—¡Con un carajo...! —maldigo yo al apresurarme a la jardinera y recoger una de las piedras bajo unos nopales decorativos.

Aviento la piedra hacia el vidrio de la cocina y tras una cascada de añicos, se junta el exterior con el interior a la perfección. Doy un brinco y, cortándome las manos con el portal que creé al interior, me meto en la casa con todo y dominó.

Mis palmas sudan sangre y cristal; pero sin mucho importarme, brinco el lavabo y corro hacia donde vi a Gusgus escabullirse, emergiendo al amplio pasillo de la casa.

Cuadros elegantes, muebles de madera y hasta una escultura cara, pero nada de Gusgus.

—¡Gusgus, no te escondas, imbécil! —grito yo. La sangre de mi palma cae al mármol caro.

—Pero si a eso estábamos jugando —me contesta su voz infantil. Siguiendo su voz, contesto:

—Dijimos *las traís*, no *escondidas*.

Giro al pasillo y lo veo. Su figura se ve



Paúl Núñez

más extensa, su espalda más amplia y a paso lento se desliza por las escaleras hacia arriba, hacia donde están Jaime y su familia.

Sin decir nada, me apresuro a las escaleras. Mi furia me impulsa a brincar los peldaños de dos en dos, hasta que finalmente brinco y, usando todo mi brazo, me sostengo del cuello de Gusgus.

Este intenta rugir, pero no puede. Gruñe, pero no puede. Intenta escurrirse de mi agarre, pero me mantengo fuertemente aferrado. Gusgus da un paso para atrás, y siento el aire a mis espaldas abrazarnos por unos instantes, antes de que el dolor me lloviera por varios lados, fuerte ruido escuchándose tras cada escalón que golpeo, mientras Gusgus ríe conforme rodamos las escaleras.

Rápidamente me incorporo, sólo para ver la gigante figura de Gusgus arremeter contra mí. Sus brazos se han vuelto un par de tentáculos fuertes, que me cargan y empujan por dos cuartos, hasta que... ¡Pam!, un dolor caliente se dispara a mi espalda y, al abrir los ojos, veo alrededor de mí elegantes platos rotos con variedad de queso, panes y... ahí cerca de mi cachete veo el *foie gras* fuera de lugar. Gusgus me ha estrellado contra la mesa de la terraza.

Volteo al frente y veo su rostro furioso al sentir mi traquea ser aplastada por sus fuertes tentáculos. ¿Acaso así moriré? ¿Al lado de un *foie gras*? No suena tan mala muerte honestamente... pero no, no puedo morir, no debo morir, vine aquí por algo, vine aquí con una razón de visita como le dije al poli. Veo en la esquina de mi ojo la caja metálica de dominó tirada a mi alcance, debo... estirar mi mano... un poco... más.

Las lágrimas son exprimidas de mis ojos, mi aire también, siento la sangre comenzar a estancarse en mi cabeza, pero debo agarrar esa maldita caja de dominó, mis dedos rozan la caja, mis dedos besan la caja, veo sus tres ojos clavados en mi alma.

—No me gusta este juego —gruñe Gusgus.

Cuando mi palma completa abraza la caja, percibo un alivio enorme seguido de inmensa satisfacción al sentirla tronar en contra del cráneo de Gusgus.

Este gime, M&M's salpican mi rostro, aprovecho mi ventaja y lo vuelvo a golpear con la caja de dominó. Este cae en donde yo me encontraba, la mesa se ha volteado, me siento sobre de él, inmovilizando sus tentáculos y levantando el dominó sobre mi cabeza.

—¡No! ¡Amiguito, por favor, no! —grita él cubierto de M&Ms derretidas. Pero no planeo apiadarme, una furia toma control de mí.

—¿Dijiste que este era un juego aburrido, que este era un juego de adultos que contaban? —río yo—. Bueno, espero que te guste contar, Gusgus, porque ahí va...

Las piezas de domino suenan *Killang* conforme las estrello en el rostro de Gusgus.

—Una....

Klang. Gusgus llora.

—Dos....

Klang. Siento el rostro de Gusgus deformarse.

—Tres...

Klang. El chocolate líquido explota su tercer ojo.

—Cuatro....

Klang. Su cara se ve para adentro como coche abollado.

—¡Y... cinco!

Ahí pierdo el control. Subo y bajo la caja frenéticamente, sin miedo alguno de ensuciarme de chocolate, sólo de dañar, solo de doler, sólo... de acabar este aburrido juego. *Klang, klang, klang, klang, klang, klang, klang, klang.*

Entonces, en medio de ese descontrol y la pérdida de la ira, me llega un olor, un olor más allá del de sudor y chocolate. Es un dulce olor... un olor que me encanta y envuelve, un hilo de olor que me guía de la obscuridad a la cordura. Es el olor de piña y frutos rojos llamándome. Volteo hacia donde me guía aquel hilo de olor y la veo, su rostro cubierto en lágrimas, sus manos sobre su boca, congelada y en pijama... es la bellísima esposa de Jaime parada bajo el marco del ventanal deslizable que da hacia la terraza.

—Ya todo está bien —intento calmarla.

Pero ella sigue igual, congelada cual estatua.

—Ya nadie les hará daño —le digo heroicamente.

Ella niega con la cabeza y sale corriendo. No la culpo, yo también estaría asustado si acaban de asesinar a un ser morado, de tres ojos y camisa hawaiana en mi casa. Volteo abajo, dispuesto a ver el embarradero de chocolate que esta noche he causado, pero... no... no, no, no, no, no, no... ¡No! Me aviento hacia atrás y me alejo de la mesa.

Sobre la mesa de la terraza no se encontraba el cuerpo de chocolate de Gusgus, sino un cuerpo de carne y sangre; no se encontraba un cuerpo de tres ojos, sino de dos ojos; el cuerpo sobre la mesa no vestía camisa hawaiana, sino traje Hugo Boss... el cuerpo sobre la mesa no era de mi amigo imaginario, sino de mi amigo real. Frente a mí, Jaime Torres está muerto y su rostro todo deformado por un elegante dominó...

Por eso estoy aquí. Al parecer la señorita con olor a piña tenía buenos contactos. Por eso acabé aquí, en este blanco espacio lleno de paredes acolchadas. Aislado y solo, sin nadie a quien acercarme, y sin nadie a quien dañar. Extraño a mi esposa, extraño a mi hija, incluso extraño jugar dominó los martes... pero todos creen que soy culpable. Estoy solo.

—¡Por qué nadie me cree! —se escuchan mis lamentos en el espacio donde me cerraron.

—Tranquilo, amiguito, yo sí sé la verdad —se escucha una voz en la esquina. Volteo y ahí lo veo con su impecable camisa hawaiana.

—Pero me da igual lo que tú creas, ellos son los que me tienen encerrado. Gusgus se levanta y se coloca a mi lado.

—Encerrar, eso es lo que hacen los adultos —dice Gusgus abrazándome—. Pero ¿te digo qué es lo que tienes ahora?

—¿Qué? —le digo llorando en su hombro—. ¿Qué es lo que tengo ahora?

—Todo el tiempo del mundo para jugar conmigo.



Paúl Núñez

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



←—————→

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

←—————→

Para más información escribenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM



Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

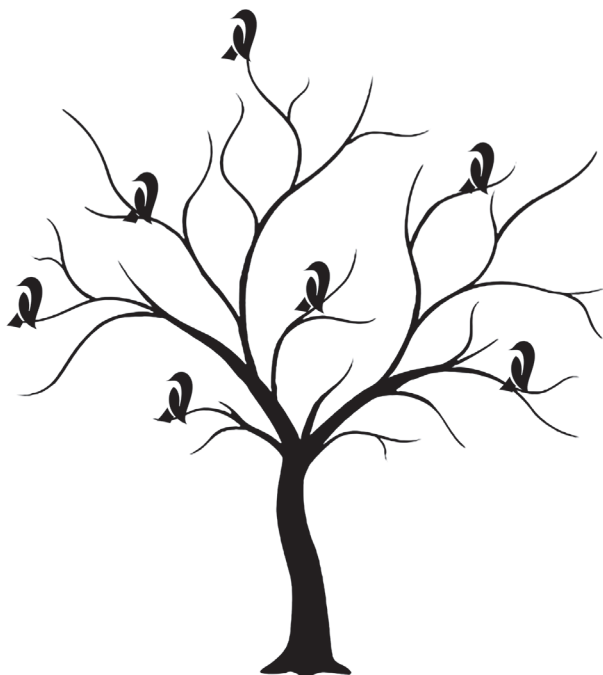
El llanto de Anila

Laura Linares

Los pájaros tienen sed. Entre muselinas de desasosiego vuelan de un lado a otro en busca de agua. Pero del río sólo queda arena y guijarros, las fuentes permanecen silenciosas y en el cielo apenas hay pelusas de algodón.

Luego de un tiempo, cuando las higueras, ya sin frutos ni follaje, se tornan rojas y doradas, los agotados gorriones se posan en su ramaje. De tan quietos parecen ser las hojas.

Entonces, Anila, aunque con la boca seca, se pone a cantar para que llueva. Como ni una gota cae, echa a llorar pero sus lágrimas no son saladas sino dulces. Una vez que se forma una charca, los gorriones acuden a beber.



Eduardo Caballero

M.86

Salvador Galván

Los últimos años del compositor francés Maurice Ravel fueron agonizantes. Desde el verano de 1933, presentaba los síntomas de la enfermedad cerebral degenerativa que lo condenaría al silencio por los últimos cuatro años de su vida: tenía problemas motores, de escritura y de lenguaje. Sin embargo, su inteligencia se mantenía intacta: seguía teniendo ideas musicales y seguía componiendo en su cabeza, pero era incapaz de transcribir estas ideas. Su ópera Jeanne D'Arc (su composición original número 86, es decir, M.86 en el sistema clasificatorio de su obra) nunca vio la luz del día. Finalmente, cedió a una intervención quirúrgica cerebral con la esperanza de que pudiera regresar a su estado anterior. El 28 de diciembre de 1937, murió a causa de complicaciones ligadas a esta operación fallida.

La luz del sol blanco se adentra en la habitación por la ranura entre las cortinas diáfanas.

Está en Montfort-l'Amaury. Se escucha la canción de los pájaros afuera:

había dejado la ventana abierta, hay un ligero viento y una bruma leve tapiza los suelos. La luz del sol se desliza por el costado de su cama, con el alba, hasta alcanzar sus ojos cerrados. Los abre.

Hacia años que el sol no lo despertaba —qué extraño—. Se sienta al borde de la cama y observa la ventana. La había dejado abierta; hay un ligero viento empujando las cortinas hacia adentro y una bruma leve. Se levanta, apoyándose con ambos brazos inquietos. Siente la alfombra rugosa con sus pies descalzos. Se dirige al armario en frente de la cama. Lo abre. Hay un espejo colgado de la puerta derecha: se siente descansado pero comprueba que sus ojos aún están rodeados por ojeras profundas y sus párpados aún tienen dificultad en mantenerse abiertos. Más bien, se siente menos cansado de lo habitual.

Ahora observa sus prendas, decidiéndose por lo que se pondrá hoy. Lo mismo de siempre, concluye. Descuelga unos pantalones negros, los sostiene



Renata Rodríguez

sobre sus manos temblantes y luego los posa sobre la cama. Se quita la camisa con la que dormía con un gesto desgastado. Se sienta al borde de la cama y baja sus pantalones hasta sus tobillos para retirar sus pies de ellos. Suspira y se levanta. Toma los pantalones sobre la cama, sus manos tiemblan un poco. Sosteniéndolos, intenta subir la pierna derecha como para ponérselos pero su otra pierna se agita tanto que decide volver a sentarse sobre el borde de la cama para no caer. Se pone los pantalones. Se mira en el espejo del armario todavía abierto y se pasa los dedos por el cabello, tirando delicadamente hacia atrás. Se levanta para tomar una camisa, luego vuelve a sentarse. Introduce sus brazos, con pequeños movimientos inciertos, en cada una de las mangas. La abotona lentamente. Piensa en qué corbata ponerse, pero finalmente decide no ponerse ninguna —¿para qué?—. Sale de la habitación.

Se enfrenta a las escaleras. Se aferra al barandal blanco y ornado y baja los escalones de roble desgastado lentamente, posando ambos pies en cada escalón. Al llegar abajo, mira hacia el comedor y al fondo de la sala, al piano vertical pegado a la pared, iluminado tenuemente. Se dirige al piano, rodea la mesa del comedor. Tal vez esta vez sea diferente. Descubre las teclas y pasa sus manos temblantes por encima. Despega el banco y se sienta sobre él. Está a punto de presionar una tecla, pero sus manos se arrepienten.

Cierra el piano. Empuja el banco. Se marcha. Se dirige a la cocina, del otro lado de la sala. Los muros de azulejo blanco con algunos detalles en azul reflejan la luz blanquecina del sol saliente. Los azulejos blancos con algunos detalles en azul son como los de Ciboure, hace mucho. Recuerda los veranos ardientes, el mar sobre las rocas y la arena blanca. Hay un ligero viento empujando las cortinas hacia adentro y logra ver, a través de la ventana, una bruma leve que tapiza los suelos. Se acerca al armario sobre la estufa. Hesita. Abre ambas puertas, intentando ver qué hay dentro, pero tiene la vista nublada, y está cansado.

Entonces, posa la mano sobre la isla detrás de él. Suspira. Mira hacia la ventana. Toma una taza debajo de la estufa y la rellena con el café de una jarra que descansaba junto al fregadero. Se recuesta sobre la isla, mirando todavía hacia afuera, a través de las cortinas diáfanas, inflándose por el viento. Posa la taza enfrente de la ventana para que el café se enfríe un poco y se queda mirando cómo el viento y las cortinas arrastran el vapor que se desprende de la taza. Escucha la frágil canción de los pájaros afuera. Toma la taza con ambas manos, lo más fuerte que puede hacerlo, y la lleva a sus labios, apoyándose con los codos sobre la isla. Luego posa la taza, y hace las cortinas a un lado para poder ver el bosque afuera. Llovió durante la noche: se percató de esto por el olor a tierra húmeda que invade la cocina. Aun así, el sonido de las gotas impactando el techo no lo despertó. Qué extraño. Con las manos sobre el quicio de la ventana, se asoma y ve hacia arriba. Observa la punta de los árboles, cómo sus hojas siempre crecen hacia el cielo y... —es un buen día para salir a pasear.

Abandona la taza de café a medio tomar sobre la isla, y cierra la

ventana. Se dirige hacia las escaleras y otra vez se aferra a su borde ornado. Sube lentamente, pero le es más difícil que bajar las mismas escaleras. En su habitación, toma la primera chaqueta a su alcance y se dirige afuera. Luego baja las escaleras otra vez, posando ambos pies en cada escalón, intentando mantener los pies en el aire el menor tiempo posible. Hesita ante la puerta de la casa, pero la abre. Siente un ligero viento sobre su cara. Observa el camino frente a él, de donde sobresalen algunas piedras cubiertas de musgo. Siente los párpados pesados; se arrepiente de no haber bebido la taza de café por completo. Camina despacio, posando un pie cuidadosamente frente al otro y asegurándose de que no haya nada en el suelo que pudiera hacer que se tropiece. Usualmente, se dirige en la dirección opuesta a su casa para poder regresar con una simple media vuelta, pero esta vez decide caminar hacia la izquierda, hacia el lago junto a la casa. Mira el costado de la casa y nota las cortinas que revolotean: había dejado la ventana abierta. Sigue caminando y una vez que alcanza la orilla del lago, se da la vuelta, alejándose cada vez más de su casa. Siente cómo arrastra los pies entre las pequeñas piedras al borde del lago. Siente el bolsillo de su chaqueta por afuera y cree encontrar su caja de cigarros. La toma rápidamente y coloca uno entre sus labios. Luego siente los bolsillos de sus pantalones: no trae cerillos.

Camina en dirección al bosque frente a la casa. Ve hacia arriba, hacia el sol entre las hojas de los árboles, cómo sus hojas siempre crecen hacia arriba. Hace frío. Luego, regresa a casa. Había dejado la puerta abierta, así que entra sin más. Vuelve a ver el piano al fondo del comedor... sube las escaleras lentamente, apoyando ambos pies en cada uno de los escalones. Cada vez que despega una pierna del suelo, se agita ligeramente mientras la otra se tensa, como una rama a punto de romperse. Se siente torpe, de algún modo roto.

Llega al último escalón de las escaleras y sigue caminando hasta llegar a su habitación. Toma una caja de cerillos que había dejado sobre el buró junto a su cama.

Al borde del lago, enciende el cigarro que seguía entre sus labios. No recuerda haber caminado hasta allí, ya es una costumbre mecánica para él. Fuma mirando el lago. Su mano se agita tanto cuando intenta sostener el cigarro entre los dedos, que decide mantenerlo entre sus labios, a un lado, a todo momento, sacando el humo por el otro lado.

Se queda pensando, pero nunca recuerda después en qué pensaba. Puede ver las montañas del otro lado, aunque sólo de manera borrosa —se está haciendo tarde: sus ojos pesan ya con sueño—. Decide regresar a casa.

Al entrar, recuerda por fin cerrar la puerta. Deja escapar un suspiro. Vuelve a ver el piano al fondo del comedor. Se acerca a él. Se está haciendo tarde pero la luz del sol entra todavía por el hueco entre el quicio de la ventana y las cortinas. Se sienta delicadamente en el banco frente al piano. Descubre las

teclas de ambas manos y luego las deja caer sobre el teclado, creando un acorde cristalino. Sube las manos, inquietas, y vuelve a dejarlas caer, con más fuerza. Siente la vibración de las cuerdas del piano entre las costillas. Observa como se retuercen sus dedos entre las teclas negras. Luego, se prepara para tocar *Tableaux d'une exposition*, rasgándose entre las notas. Ya no puede.

Ya es de noche. Decide salir. Mira la luna llena por unos segundos, luego camina hacia el lago para ver su reflejo oscuro sobre el agua ondeando. Mira los árboles, iluminados por el claro de luna, cómo sus hojas se vuelven cada vez más frágiles al acercarse a la punta...

Y luego se desvanecen en

El cielo.



Renata Rodríguez

Entre sueños te veo

Jorge G. Karam

“Un crepúsculo en el mar es un poema sin palabras...”

Armando Vega Gil

—Ponte cómoda —le dijo Guadalupe José a Pedro Jimena mientras se dirigía al frigobar—. ¿Ya viste de qué tiene forma?: Es un amplificador de bajo —señaló—, me lo regaló Carlos antes de irse, ¿está chido no? —emitió un pequeño gesto melancólico. Vacío dos latas de cerveza *Modelo* en los tarros de cristal que antes habían sido de sus padres, y con los que estaban dispuestos a brindar.

Apenas terminaron de saborear el primer trago cuando a Guadalupe José se le ocurrió confesar una penedjada.

—Ayer soñé contigo.

—¿En serio? —dijo ella en un tono exagerado de sorpresa mientras se limpiaba discretamente los restos de cerveza que le recorrían la barbilla.

—Sí, de hecho últimamente no sólo despierto entre cobijas y almohadones, sino también entre los recuerdos de esos sueños donde estoy contigo.

—¿Y qué sueñas? —preguntó intrigada.

—Sueño que me rompes el corazón, pero es extraño... porque al despertar nunca entiendo nada; quiero decir, no sé si ha sido un sueño o un recuerdo.

Pedro Jimena mantuvo su temple elegante que, hasta esa noche, concibió que había heredado de sus padres.

En el sueño estaban ella y él buscándose entre las ruinas de una casa. Una casa que parecía ser suya. Ambos perseguían las hondas huellas del otro, aparentemente puestas ahí a propósito como un mapa para encontrarse.

Los pasillos de la casa eran tan angostos como su destino. Había muchos cuadros con fotos borrosas de ellos, tomadas así a propósito. Tal vez como otro recordatorio de aquello que pudieron ser.

—No sé si te conocí muy tarde o muy temprano —le decía una voz quebrada desde el fondo de la habitación oscura. Aquella sombra se postró lentamente sobre él. En el proceso intentaba buscarle nombres a sus cabellos que le picaban la cara. Otros nombres a sus apodos que le encontraban. A su tierra yermada de la que ya no era profeta.

Sintiendo todo el peso de su cuerpo, cayendo sin aliento e intentando todavía definir su figura. Sus dedos apenas lograron descifrar los sentimientos que poco a poco desenredaba de su blusa.

Ávido y a punto de llegar al último broche, la sombra dejó de ser

mujer para dar paso a un águila real que intentaba bruscamente desgarrarle el pecho, tal vez para llevarse su corazón o quizá sólo para dárselo de nuevo. Guadalupe José intentaba defenderse a ciegas hasta que se alejó entre un tumulto de personas a los pies de la Torre Latino. Ahí permaneció conmocionado por unos segundos en lo que digería lo que estaba pasando.

Fue justo ahí, ahí entre las gentes, a un lado de sus gentes y de las mías, a un lado de los templos y de las manías que los definían y que los consolidaban como profecías cumplidas. Ahí, en la antesala de los sueños que los diferenciaron, que no encontraba lugar para dormirse o despertarse de inmediato.

De pronto, aquel cambia-formas era un enorme jaguar, persiguiéndolo entre las dunas, mordiéndole las piernas, los pies, devorando cada parte de su piel hasta casi desangrarse.

Al llegar a una vieja puerta de madera se hizo el silencio. Guadalupe José miró a su alrededor buscando rastro de aquel miedo multiforme, pero no encontró nada. Al llamar a la puerta, el cuerpo desnudo de una mujer inmaculada lo recibía. Aquella otra mujer era Pedro Jimena, con sus *ojoscielo* abriendo soles y su piel arena abundando playas (vírgenes).

—Tenemos que aprovechar el día; no hay de otra —le decía al tiempo que se levantaba el cabello con las manos en tono seductor.

Por supuesto fue inevitable no sucumbir ante aquella invitación. Tal vez como instinto. Como destino. Como afán de todo aquello que aun por menos, intentaban medir dejándose atrapar por lo indescifrable. El mar del miedo perdía sus olas justo a tiempo y entonces los habitaba un aguacero de deseo.

—Imposible que te ahogues conmigo, amor mío —le susurraba Pedro Jimena al oído, mientras que con su mano izquierda lo invitaba a seguir el juego de sus pasos y de sus nalgas que se meneaban nuevamente hasta el fondo de la habitación.

Pero al intentar encender la luz comprendió que los fusibles se habían fundido. Fue entonces que se enamoró de las velas de Pedro Jimena que nuevamente lo guiaba con el sonido de su voz y de su risa. Desesperado, develaba una cortina, un mantel, una sábana, lo que fuera para encontrarla. Revisó bajo las camas y dentro del buró pero ahí tampoco estaba. Sólo podía percibir su esencia, su voz.

Antes de rendirse, Pedro Jimena le sacaba un susto de muerte y entonces él volvía a perseguirla. Esta vez por toda la cocina hasta llegar al comedor, apartándose del miedo y despojándose de sus ropas también. Risueños, frente a frente, los invadió un sentimiento de amor sobrenatural, la euforia del primero, segundo y tercer contacto. Justo antes de quedar en silencio, Guadalupe José no pudo evitarlo y le exclamó:

—¿Te casarías conmigo? —sonrió...

La noche se mecía con gran discreción, Pedro Jimena comprendía la tensión que existía entre ambos pero no iba a aceptarla. Al menos no de este modo. En cuanto terminó su cerveza se levantó y se despidió. “Si tanto teme que nos rompamos el corazón, entonces me voy”, pensó. Él la acompañó hasta la puerta, pero un defecto de la chapa le impidió marcharse rápidamente. A lo que Pedro Jimena soltó un suspiro de fastidio. Entendía que todo había sido un error. Una pérdida de tiempo. Entonces se fue la luz. Tantos diablos colgados en el transformador hicieron corto, dejando sin electricidad a toda la cuadra.

—Amo el pliegue de mis sueños porque siempre estás ahí, ¿sabes?

—¿Qué?

—Sí, despierta y hermosa y firme y escrutable...

—No estoy entendiéndote...

—Siénteme.

Un breve silencio se apoderó de ellos en medio de esa oscuridad. Pedro y Guadalupe jamás habían tenido algo tan claro y entonces lo entendieron. Al despertar fueron a buscarse...



Carolina Gómez Cea

¿A la misma hora la próxima semana?

Sebastián Varo Valdez

El sofá en el que estaba era el más cómodo de todos en los que alguna vez se hubiera postrado, tanto que en ocasiones se cuestionaba si era el sofá el único motivo por el cual siempre regresaba. Porque por supuesto que no era por cariño, pues bien era sabido que el amor no existía en ninguna de sus expresiones dentro de ese lugar. Tampoco era por compromiso; en su cabeza jamás se alentaba a ir cuando entraba la duda. Y estaba la certeza de que no era por dependencia; podía dejar de realizar dichas visitas en cualquier momento si así se lo proponía. Por supuesto que cabía la posibilidad. ¿Quién no podría decir que no regresaría al suplicio salvo una persona dependiente? No. No su persona. En su ser era claro que las decisiones se tomaban con consciencia. Sin embargo, desde que entraba por la puerta, parecía que el aire se condensaba a su alrededor, como si el universo mismo intentara impedir su paso al interior de la habitación.

Se le recibía entonces con una cálida sonrisa acompañada de ojos brillantes. En seguida se le invitaba a pasar y tomar su tan apreciado asiento. Era el mismo acto cada miércoles, y nunca faltaba el mismo sentimiento agobiante de vacío que se establecía en el espacio en medio, más aún porque parecía responsabilidad suya romper el silencio.

—Al fin mandé a arreglar la lavadora.

La mujer enfrente, quien le miraba de manera fija, dejó pasar unas respiraciones antes de proferir:

—Te tomó unos meses.

—Sí —respondió con la mirada baja, alargando la palabra unas cuantas sílabas de más, como si ocultara oraciones completas en el monótono sonido de su vaga respuesta—. Ya sabes que en ocasiones me es difícil hacer tiempo libre.

—A mí me parece que tienes tiempo suficiente para venir a visitarme cada semana.

—¿Preferirías que no viniera?

—¿Preferirías no venir?

Por la ventana entraba el sol ambarino de la media tarde; no obstante, la habitación parecía enfriarse por las sombras que producían todo aquello que tocara la luz.

—Vi a mi hermana el fin de semana.

—¿Y cómo se encuentra?

La mujer enfrente tomó un sorbo de su café. El vapor salía burbujeante del líquido, escapando del atisbo de calor que podrían haber producido las manos que sostenían la taza. La mujer le miraba con cejas

alzadas, algo estoica como el rincón libre de libros en el estante. Al bajar la mirada al vaso de cristal que no había sido tocado desde su llegada, notó un halo de luz que penetraba el líquido por una cara del recipiente y salía expandido por un punto lejano al de entrada.

—Supongo que bien. Aunque todos sabemos que siempre ha sido buena en aparentar las cosas.

—Entonces sólo lo supones porque su bienestar es algo en lo que no te deberías de preocupar —dijo la mujer, contundente como siempre.

—No hablamos de eso, por si te preocupaba.

—¿Entonces de qué hablaron?

Otra vez el silencio, enrollándose en su lengua con una fuerza asfixiante.

—Se veía mejor que la vez pasada.

El teléfono sonó en ese momento. La mujer se levantó sin dedicarle una mirada como respuesta, dejando un espacio vacío como su acompañante.

La conversación que se escuchaba lejana retumbaba igual al rumor de un río: fluida y libre. Sin temores ni compromisos. Observó entonces la pared enfrente. Notó el relieve liso y las líneas fijas en donde la pintura se notaba limpia, casi nueva; espacios de pared pintada que por años se habían dejado sin tocar, en contraste con el resto que había permanecido expuesta por demasiado tiempo.

Afuera el aire parecía haberse secado. Adentro, la mujer regresaba a su asiento.

—¿De qué hablábamos?

—¿Cuándo quitaste las fotos?

La mujer permaneció por completo inmóvil, atorada en el espacio entre latidos. Un instante después inhaló de manera profunda y le dedicó una mirada dura.

—¿Qué fotos?

Por la ventana abierta comenzó a entrar una leve brisa sórdida, como el aliento cálido de una bestia que se prepara para lanzarse sobre su presa. Como el bochorno que expone el suplicio del agua que se ha evaporado.

—A mí no me interesa mi padre, ¿sabes? —ante aquello la mujer apartó su mirada—. No me interesa lo que haga ahora ni las decisiones que haya tomado. Ni siquiera me importan los motivos que lo llevaron a hacer eso. Pero mi hermana...

La mujer le dedicó una mirada con ojos cansados, permitiendo que el silencio respondiera como siempre lo había hecho.

—No es como si en realidad te importara algo más que eso.

—¿Si es así entonces por qué te sigo abriendo las puertas de mi casa?

—Porque somos lo único que nos queda.

La mujer entonces cruzó los brazos y levantó una ceja mientras profirió:

—¿Y con eso cómo te sientes?

Su cuerpo comenzó a doler. Parecía ser que su columna ya no se encontraba capaz de mantener su espalda recta, parecía ser que su cuello no podía mantener su frente en alto. Parecía ser que sus piernas podrían colapsar rendidas ante el suelo.

—Se hace tarde —dijo, levantándose de su asiento con prisa. La mujer también se levantó, acompañándole a la puerta. Le dedicó un abrazo sin fuerza y besó su mejilla con delicadeza.

—¿Te veré el próximo miércoles?

Y lo pensó. Lo pensó como si no supiera la respuesta desde antes de que le hicieran la pregunta. Lo pensó como si la duda fuera la antagonista en su cabeza que le arruinara la vida. Lo pensó como si en algún momento de su existencia pudiera conjurar las fuerzas para encontrar alguna réplica.

—Sí, mamá. Te veré el próximo miércoles.



Eduardo Caballero

El discurso

Sofía Fernández



Carolina Gómez Cea

No hay peor momento para alguien con ansiedad social que una fiesta.

Las luces encendidas y el escrutinio de las miradas ya había empezado mucho antes de que el primer tacón tocara la acera. Una mujer esbelta, en el asiento trasero del coche con meticuloso peinado y un satinado vestido verde pistache lee una y otra vez unos pedazos de papel con notas escritas a mano.

El temor de ser descubierta y juzgada le había causado preocupaciones diarias a lo largo de las semanas anteriores. El coche se estaciona en la entrada y el portero le abre la puerta. Ella voltea a ver a los demás y se queda cerca del vehículo esperando a que bajen, verifica llevar en la bolsa todo lo que puede necesitar: crema, maquillaje, sus notas y un cepillo de dientes. Se dirige al salón con pisadas que parecen firmes pero en realidad no tienen ni fuerza ni pizca de espontaneidad, incluso dan una impresión robótica que hace que se estremezca la espalda.

Había preparado en su cabeza este día incontables veces, su corazón late tan fuerte que si observas con un poco de detenimiento puedes ver cómo palpita su cuello; sus orejas sonrojadas se sienten como un huracán.

A pesar de tanta planeación, María no puede evitar sentirse como en esos clásicos sueños en

los que estás desnudo en frente de todos y no sabes cómo taparte. Aborrece estar rodeada de ojos desconocidos.

—Estoy muy contenta de que estemos todos aquí reunidos hoy, —repetía para sí misma una y otra vez.

Le preocupa quedarse en blanco y no poder hablar, hacer el ridículo, que se fijen en ella y se burlen de que está soltera o de algún defecto de la larga lista estudiada de memoria que tiene sobre su aspecto físico. Los murmullos que oye al caminar le congelan la sangre, lo que la lleva a controlar más sus movimientos. Hablar en público no es lo suyo. Lo odia.

Sus manos empiezan a sudar, el pensamiento de que tal vez no se había puesto desodorante le agregó un poco más de ansiedad a la bola de nervios que sentía formándose en su estómago, muy discretamente se seca las manos en el vestido, volteando a ver con una suave sonrisa a su alrededor para verificar que nadie la está viendo. Ese es un hábito muy difícil de romper.

El tiempo pasa y se acerca el momento de su discurso, es casi incapaz de escuchar nada a su alrededor ya que el ruido de sus pensamientos y el de los murmullos de la habitación son tan elevados que no alcanza a distinguir los sonidos.

De pronto su hermana golpea suavemente su copa de champagne, esa es su ensayada entrada. María sintió cómo su sonrisa se congela en el rostro haciendo que le duelan los cachetes. Todos habían ensayado ese momento. No puede desviar la atención. Tiene que pararse. El sudor y la taquicardia ya no están bajo su control.

En un instante sus abiertos ojos recorren todo el salón tratando de adivinar qué ve en la mirada de las personas. Algunos ojos más afilados, otros atravesaban su camino y pasaban tan poco tiempo mirándola que la hacían sentir invisible.

Toma una gran bocanada de aire llenando por completo sus pulmones y sostiene el aliento hasta que la presión en su pecho no puede más y lo suelta bruscamente; aprovecha ese momento de alivio que viene después de una larga exhalación y enfoca su mirada en el pedazo de papel viejo que llevaba en las manos llenas de crema en el que había escrito su discurso.

—Estoy muy contenta de que estemos todos aquí reunidos hoy—, dice de pronto, y continua leyendo ese pedazo de papel que rápidamente se moja con sus manos. No se detiene ni un momento ni despega los ojos de las palabras que había escrito, a pesar de sentir cómo su cara se sonroja y su voz deja mostrar su nerviosismo. No se detiene y termina de leer su discurso. Ya lo había planeado y se había comprometido con ella misma y con su hermana de hablar en su boda, y lo ha logrado.

Despega los ojos del papel y vuelve a ver al público, todos aplaudiendo y su hermana la mira con agradecimiento, alza su copa de

champagne y sonríe una vez más con sus cachetes adoloridos, sintiendo el alivio de poder sentarse otra vez y pasar nuevamente al fondo de la situación. Ese día lo recordará con el orgullo de haberse desafiado y lograr que su mensaje llegara al corazón de su hermana.



Carolina Gómez Cea



9 de cada 10 personas
prefieren comer en

PANCHA PATA

¿quieres ser el décimo?

Amores 949, esquina con Ángel Urraza

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Corona
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Eiisa Márquez de Sampedro

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Imagen de portada
Simbiosis con la Luz
Luis Schettino

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy
Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:
Brandon Hurrle García
Fabianne Gutiérrez
Sofía Aranka

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y cinco. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Agosto - Septiembre de 2023.



También estamos en:



55 7378 8336



Radio Anáhuac 16.70 AM

www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

Las personas que intenten encontrar un motivo en esta narrativa serán procesadas; las personas que intenten encontrarle una moraleja serán desterradas; las personas que intenten encontrar un complot serán fusiladas.

Mark Twain,
Las aventuras de Huckleberry Finn



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir